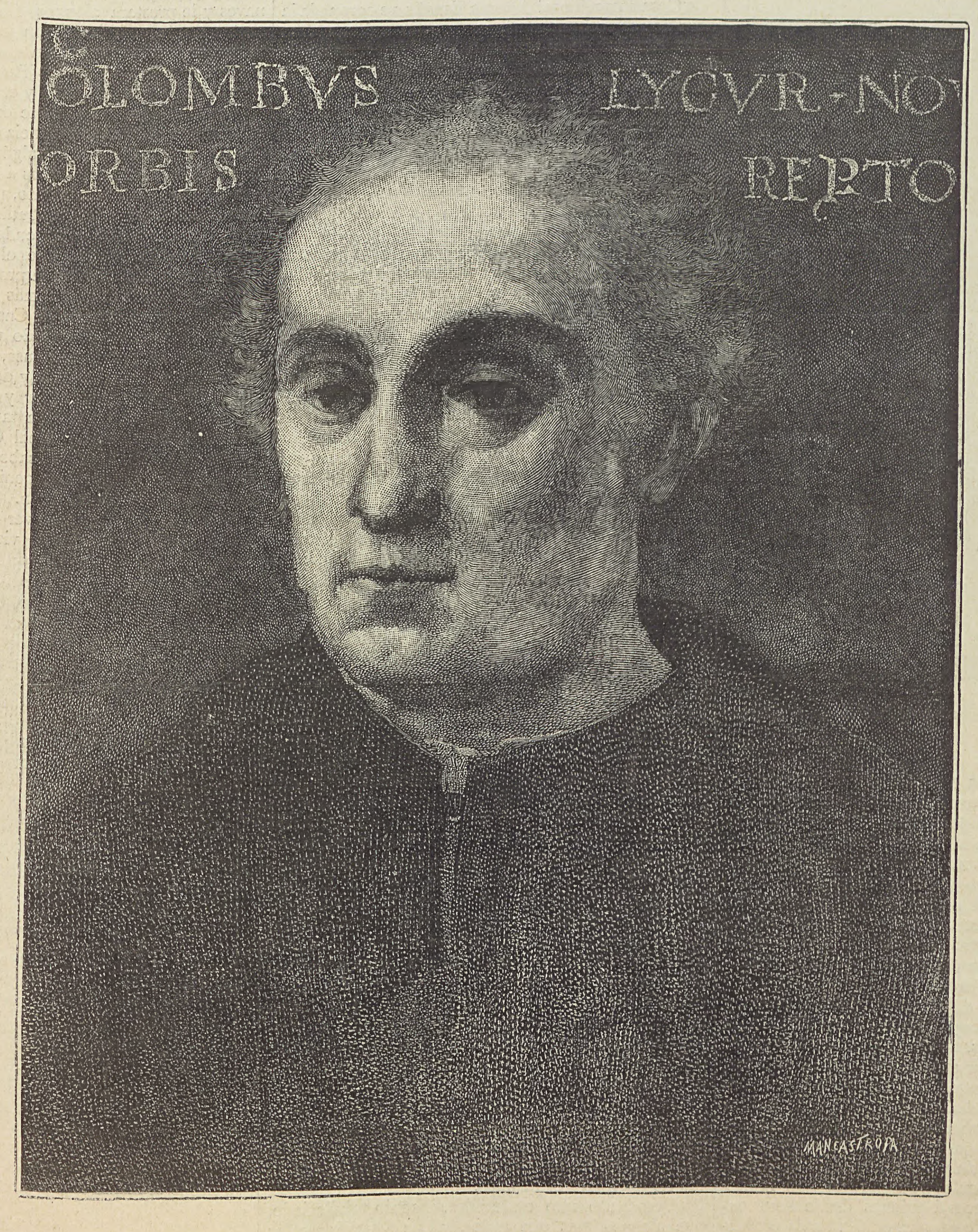
La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 3 DE OCTUBRE DE 1892 — NÚM. 562

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Número extraordinario dedicado á conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América, con texto de eminentes publicistas y grabados que reproducen cuadros, monumentos, lugares y objetos relacionados con aquel acontecimiento



Retrato de Colón, que se conserva en Como (colección de Pablo Giovio)

SUMARIO

Texto. – *Advertencia.* – *Descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo*, por Modesto Lafuente. – *La América prehistórica*, por Francisco Pí y Margall. – *La cuna de Cristóbal Colón*, por Víctor Balaguer. – *Homenaje del arte griego moderno á Cristóbal Colón*, por Pedro de Madrazo. – *Colón*, por Juan Fastenrath. – *Muerte de Colón*, por Fray Bartolomé de las Casas y Francisco López Gómara. – *Carta de Colón al magistrado del Banco de San Jorge, de Génova.*

Grabados. – *Retrato de Colón*, colección de Pablo Giovio. – *Estatua de mármol de Nuestra Señora de los Milagros, en la Rábida.* – *Retratos de Cristóbal Colón.* – *Estatuas de los Reyes Católicos.* – *El viejo parecía el genio del Atlántico*, boceto de D. R. Nobas. – *El convento de la Rábida.* – *Vistas de la iglesia parroquial de Palos.* – *Celda del padre Juan Pérez.* – *Colón escarnecido por los doctores de Salamanca*, cuadro de D. N. Barabino. – *Vista general de Palos.* – *Armadura de Colón.* – *Santángel* y *Ferrer de Blanes*, esculturas de Gamot y de Pagés. – *Facsímile del párrafo de la «Cosmographiæ Introductio,»* de «Hylacomylus.» – *Nave de fines del siglo* XV, copia de los cuadros existentes en la celda de Fray Juan Pérez, en la Rábida. – *Colón en el convento de la Rábida*, cuadro de D. E. Cano. – *Isabel la Católica cede sus joyas para la empresa de Colón*, cuadro de D. A. Muñoz Degrain. – *Fachada de la iglesia de San Esteban, en Salamanca.* – *Conferencia de Colón y los dominicos en el convento de San Esteban de Salamanca*, cuadro de D. V. Izquierdo. – *Colón embarcándose en Palos*, cuadro de D. A. Gisbert. – Casas que habitó Colón. – *Carta geográfica de la isla de Santo Domingo.* – *Facsímile de una carta de Colón.* – *Llegada de Colón á América*, cuadro de D. Dióscoro Puebla. – *Colón plantando la cruz al descubrir la América*, pintura al fresco por J. B. Carlone. – Facsímile de un grabado de 1493. – *Colón recibido en Barcelona por los Reyes Católicos al regresar de su primer viaje á América*, cuadro de D. R. Balaca. – El *Libro de privilegios.* – *Interior del santuario de Nuestra Señora de la Cinta.* – *Colón*, escultura de D. V. Vallmitjana. – *Muerte de Colón*, cuadro de D. F. Ortego. – *Colón en la Corte de Isabel la Católica*, cuadro de Brozik. – *Medalla conmemorativa del cuarto centenario del descubrimiento de América.* – Monumentos erigidos en honor de Colón. – Dos relieves y una estatua del monumento de Nueva York. – Cabalgata en honor de Colón al inaugurarse su monumento en Barcelona. – *Tumba de Colón y altar mayor de la catedral de Santo Domingo.* – *Plano del santuario de la catedral de Santo Domingo.* – *Ataúd de plomo de Colón.* – *Plus-ultra*, grupo alegórico de J. Gandarias.

ADVERTENCIA

Deseando asociarnos al general entusiasmo que promueve la recordación de una de las fechas más gloriosas de nuestra historia y de las más trascendentales en la historia de la humanidad y cooperar en la medida de nuestras fuerzas á la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América, publicamos el presente número extraordinario de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, dedicado exclusivamente á celebrar tan grandioso acontecimiento y á honrar la memoria del inmortal navegante que encontró en nuestra patria la protección necesaria para acometer aquella atrevida empresa que, llevada á feliz cima, permitióle corresponder á los favores recibidos entregando á España un nuevo mundo.



La Rábida. – Estatua de mármol de Ntra. Sra. de los Milagros

Tanto en el texto debido á eximios literatos y hombres de ciencia, cuyas solas firmas abonan la bondad de sus trabajos, como en las ilustraciones de indiscutible interés por sus bellezas artísticas unas, por su valor histórico otras, hemos procurado armonizar la unidad de la idea capital que á unos y otras informa con la mayor variedad posible en la manera de expresar los distintos puntos de vista desde los cuales es dado estudiarla y exponerla.

Al frente de los artículos con que nos han honrado ilustres colaboradores á quienes desde aquí enviamos el testimonio de nuestra gratitud más profunda, insertamos un fragmento de la *Introducción á la Edad moderna* que forma parte de la HISTORIA DE ESPAÑA de D. Modesto Lafuente, porque además de ser una hermosa síntesis del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo y una verdadera joya literaria, creeríamos faltar á un sagrado deber si al conmemorar un suceso tan grande de la historia de nuestra patria no consagrásemos un recuerdo al insigne historiógrafo que ha legado á la posteridad el monumento imperecedero en que aparece de un modo maravilloso reproducida la vida de la nación española.

LOS EDITORES

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA
DEL NUEVO MUNDO

«¡Cosa maravillosa! Apenas España ve coronada la obra de sus constantes afanes de ocho siglos, apenas logra expulsar de su territorio los últimos restos de los dominadores de Oriente y de Mediodía, apenas ha lanzado de su suelo á los tenaces enemigos de su libertad y de su fe, cuando la Providencia por medio de un hombre le depara, como en galardón de tanta perseverancia y de tanto heroísmo, la posesión de un mundo entero. Este acontecimiento, el mayor que han presenciado los siglos, merece algunas observaciones que en nuestra narración no hemos podido hacer.

»Una inmensa porción de la gran familia humana vivía separada de otra gran porción del género humano. La una no sabía la existencia de la otra, se ignoraban y desconocían mutuamente, y sin embargo estaban destinadas á conocerse, á comunicarse, á formar una asociación general de familia, porque una y otra eran la obra de Dios, y Dios es la unidad, porque la unidad es la perfección, y la humanidad tenía que ser una, porque uno es también el fin de la creación. Pues bien: el siglo XV fué el destinado por Dios para dar esta unidad á los hombres que vivían en apartados hemisferios del globo, no imaginándose unos y otros que hubiera más mundo que el que cada porción habitaba aisladamente. ¿Por qué estuvieron en esta ignorancia y en esta incomunicación tantos y tantos siglos? Misterio es este que se esconde á los humanos entendimientos; y no es extraño, porque menos difícil parecía averiguar cómo teniendo todos los hombres el mismo origen, se habían segregado, y en qué época y de qué manera, las razas pobladoras de los dos mundos, y sin embargo, á pesar de tantas y tan exquisitas investigaciones geológicas, históricas y filosóficas, aún no se ha logrado sacar este punto de la esfera de las verdades desconocidas, aún no se cuenta en el número de los hechos incuestionables.

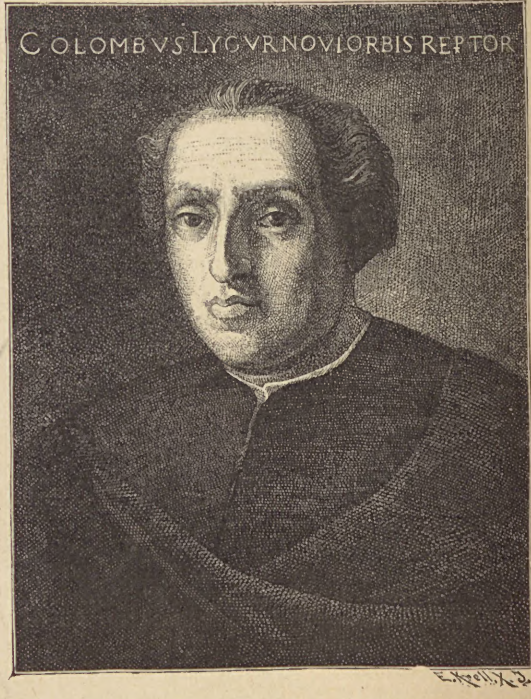
»Es cierto que el siglo XV fué destinado para que se hiciera en él el descubrimiento de ese mundo que impropiamente se llamó nuevo, sólo porque hasta entonces no se había conocido. Los hombres de aquel siglo se hallaban preparados para este grande acontecimiento sin saberlo ellos mismos. Sentíase una general tendencia á descubrir nuevas regiones; un instinto secreto inclinaba á los hombres á inventar y extender las relaciones y los medios de comunicación; el espíritu público parecía como empujado por una fuerza misteriosa hacia los adelantos industriales y mercantiles; había hecho grandes progresos la náutica: se habían descubierto la brújula y la imprenta. ¿Para qué eran estos dos poderosos elementos, capaces por sí solos de transmitir los conocimientos humanos y derramarlos por los pueblos más apartados del globo? Los hombres de aquel tiempo no lo sabían. Lo sabía solamente el que prepara secreta é insensiblemente la humanidad cuando quiere obrar una gran transformación en el mundo por medio de los hombres mismos.

»Pero hubo uno entre ellos, ingenio privilegiado, que alcanzó más que todos, y que á través de las nieblas en que se envolvían los conocimientos geográficos, á favor de un destello de su claro entendimiento que se asemejaba á la luz de la revelación, comprendió la posibilidad de atravesar los mares del Occidente y de poner en comunicación el mundo conocido con el desconocido. Hombre de ciencia y de fe, de creencias y de convicciones, de religión y de cálculo, estudia á Dios en la naturaleza, levanta el pensamiento al cielo y penetra en los misterios de la tierra, medita en la obra de la creación, y trazando mapas con su mano descubre que falta conocer la mitad del globo terrestre. Convencido más cada día de la posibilidad del descubrimiento, fijo y constante años y años en esta idea, trató de realizarla; pero necesitaba de recursos y se encontró pobre, sacó su idea al mercado público, ofreciendo la posesión de inmensos reinos al que le diera algunas naves y le prestara algunos escudos; pero los ignorantes no le comprendieron y le despreciaron, los príncipes le tomaron por un engañador y le cerraron sus oídos y sus arcas, los llamados sabios dijeron que deliraba y se burlaron, y el hombre de genio no se desalentó, porque tenía fe en Dios y en su ciencia, aunque faltaran fe y ciencia á los demás hombres.

»Nada permite Dios sin algún fin; y fué necesario que Colón encontrara sordos á los soberanos á quienes propuso su pensamiento, para que una secreta inspiración le moviera á acudir á la única potestad de la tierra capaz de comprenderle, y fué conveniente que el mundo supiera que el cosmógrafo genovés había implorado en vano la protección de otros monarcas, para que resaltara más la acogida que había de encontrar en la reina de Castilla.

»Si el que había concebido una empresa al parecer temeraria por lo inmensa, é inverosímil por lo grandiosa, necesitaba de fe y de corazón, ¿quién podía creer y proteger al autor y aceptar y prohijar su designio sino quien tuviera tanta fe como él y tan gran alma como él? Cristóbal Colón necesitaba una Isabel de Castilla, y sólo Isabel de Castilla merecía un Cristóbal Colón. Los genios se necesitaron, se merecieron y se encontraron.

»Es imposible dejar de ver en la venida de Colón á Castilla algo más que el viaje de un aventurero.



Retrato supuesto de Cristóbal Colón
El original se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid

Un navegante de profesión caminando á pie por la tierra sin otro equipaje que las sandalias del apóstol y el báculo del peregrino, con unas cartas geográficas

debajo del brazo, seguramente debió parecer un mentecato ó un profeta. El que iba á hacer el presente de un mundo entero tuvo que pedir un pan de caridad para sí y para su hijo á la portería de una solitaria casa religiosa, porque quien había de enviar flotas de oro y plata de las regiones que pensaba descubrir no llevaba en su bolsa un solo escudo. Y sin embargo, pobre y extranjero como era, halló en aquella misma casa protectores generosos: la religión vino en auxilio del genio, y Colón, vencidas algunas dificultades, fué presentado á la reina Isabel... ¡Momento solemne aquel en que por primera vez se pusieron en contacto los dos genios!

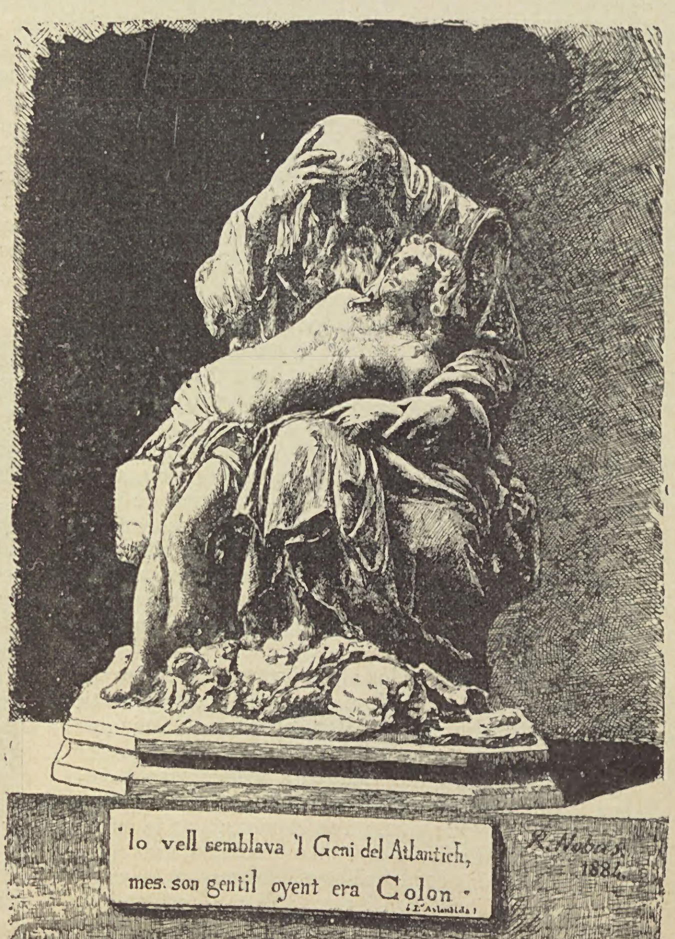
»No era de esperar que Isabel comprendiera las razones científicas en que Colón apoyaba su teoría y con que desenvolvía su sistema; pero el talento y la penetración que se revelaba en la fisonomía del hombre, el fuego y la elocuencia con que se expresaba, la fe ardiente que se descubría en su corazón, la convicción de que se mostraba poseído y algo de simpático que hay siempre entre las grandes almas, todo cooperó á que la reina viera en el humilde extranjero al hombre inspirado y tal vez al instrumento de la Divinidad para la ejecución de una grande obra. Si entonces no adoptó todavía de lleno su proyecto, le acogió al menos con benevolencia. Isabel nunca tuvo á Colón por un extravagante ó un iluso, y el marino genovés había encontrado quien por lo menos no le menospreciara. ¿Extrañaremos que tuviera que ejercitar todavía su paciencia por espacio de ocho años, alternando entre dificultades, obstáculos, consultas, dilaciones, zozobras, negativas y esperanzas? Nunca una gran verdad ha triunfado en el mundo de repente, y además la ocasión en que Colón había llegado á Castilla no era la más oportuna para la realización de sus planes. ¿Pero fueron perdidos estos ocho años? En este intervalo Colón recibió consideraciones y favores de los reyes de España, entró á su servicio, contrajo relaciones y amistades útiles, halló á quien consagrar su corazón y sus más íntimas afecciones, su segundo hijo nació en Castilla, y al cabo de ocho años Colón había dejado de ser extranjero y el genovés se había hecho castellano.

»Este fué el momento en que Isabel prohijó de lleno la empresa de Colón; entonces fué cuando pronunció aquellas memorables palabras: «Yo tomaré esta empresa á cargo de mi »corona de Castilla, y cuando esto no alcanzare, empeñaré mis alhajas para ocurrir á sus gastos.» Palabras sublimes, que no hubiera podido pronunciar cuando tenía sus joyas empeñadas para los gastos de la guerra de los moros. Entonces fué cuando le dijo: «Anda y descubre esas regiones desconocidas y lleva el cristianismo civilizador »del otro lado de los mares y difunde la fe divina entre los desgraciados habitantes de esa parte ignorada del universo.» Palabras grandiosas que Isabel no había podido proferir hasta asegurar el triunfo del cristianismo en España y hasta arrojar á los infieles de sus naturales y hereditarios dominios.

»Adoptada y protegida la empresa por Isabel, pronto iba á saberse si el proyectista era en efecto un visionario digno de lástima ó si era el más sabio y el más calculista de los hombres. Seguido de un puñado de atrevidos aventureros, el náutico genovés se lanza en tres frágiles leños por los desconocidos mares de Occidente. «¡Pobre temerario!» quedaban diciendo España y Europa. Y Colón, lleno de fe en su Dios y en su ciencia, en sus mapas y en su brújula, no decía más que «¡Adelante!» España y Europa suponían, pero ignoraban sus peligros y trabajos, sus conflictos y penalidades. ¿Qué habrá sido del pobre aventurero?

»Transcurridos algunos meses volvió el aventurero á dar la respuesta. Nada necesitó decir. La respuesta la daban por él los habitantes y los objetos que consigo traía de las regiones transatlánticas en que nadie había creído. El testimonio no admitía duda. ¡El Nuevo Mundo había sido descubierto! El miserable visionario, el desdeñado de los doctos, el rechazado de los monarcas, el peregrino de la tierra, el mendigo del convento de la Rábida era el más insigne cosmógrafo, el gran almirante de los mares de Occidente, el virrey de Indias, el más envidiable y el más esclarecido de los mortales. España y Europa se quedaron absortas, y para que en este extraordinario acontecimiento todo fuese singular, asombró á los sabios aún más que á los ignorantes.

»La unidad del globo ha comenzado á realizarse, la humanidad entera ha empezado á entrar en comunicación. Ya se comprendió por qué habían sido inventadas la brújula y la imprenta; porque era menester hallar caminos seguros por entre las inmensidades del Océano para poner en relación á los moradores de remotísimas tierras; porque era necesario un medio rápido y fácil para transmitir y difundir los conocimientos humanos del mundo antiguo á los pobladores de las apartadísimas regiones del nuevo universo. Si más adelante el vapor acorta estas inmensas distancias; si andando el tiempo la electricidad las hace casi desaparecer, progresos serán del entendimiento humano, y en ello no hará sino cumplirse la ley providencial de la unidad, la ley del progresivo mejoramiento social. Mas no se olvide que á España se debió el que se pusieran por primera vez en contacto las razas humanas de los que entonces



«El viejo parecía el genio del Atlántico, mas su gentil oyente era Colón» (de *L'Atlántida*, de J. Verdaguer). Boceto de D. Rosendo Nobas



Cristóbal Colón (copia de un grabado en acero del siglo XVI, hecho por De Bry)

se llamaron dos mundos y no eran sino uno solo. Si con el transcurso de los tiempos aquellas razas, entonces groseras é inciviles, se convierten en naciones cultas, y se emancipan, y progresan, y transmiten á su vez al viejo mundo nuevos gérmenes de civilización, no hará sino cumplirse la ley providencial que destina al género humano de todos los países á comunicarse recíprocamente sus adelantos, síntoma consolador y anuncio lisonjero de la fraternidad universal. Mas no por eso España pierde su derecho á que no se olvide que le pertenece la primacía de haber llevado el principio civilizador al Nuevo Mundo.

»Repite Colón sus viajes y multiplica los descubrimientos. En cada expedición se despliegan á sus ojos ricas y vastísimas islas, extensísimas y fértiles regiones, cuyos límites ni conoce entonces él mismo, ni será dado saber en largos años. Todas estas inmensas posesiones vienen á acrecentar los dominios de la corona de Castilla; y España y sus reyes en premio de su heroica perseverancia de ocho siglos, apenas ponen término á la obra de su emancipación y de su independencia se encuentran poseedores de multitud de provincias en otro hemisferio, cada una de las cuales es mayor que un gran reino. Nunca pueblo alguno llegó á merecer tanto, pero nunca pueblo alguno alcanzó galardón tan abundoso. Cuando se vuelve la vista á la monarquía encerrada en Covadonga y se la encuentra después dominando dos mundos, se siente estrecha la imaginación para abarcar tanto engrandecimiento. Ya no posee España aquellas vastas regiones: ¿qué importa? Los hijos que salen de la patria potestad, ¿dejarán por eso de ser la honra de los padres que les dieron el ser? Porque la codicia y la crueldad afearan después la obra de la conquista, ¿dejará de ser glorioso el hecho primitivo? Porque España no recogiera el fruto que debió de tan importantes adquisiciones, ¿habrá dejado de ser el suceso inmensamente provechoso á la humanidad?

»El descubrimiento de América hubiera bastado por sí solo para hacer entrar á la sociedad entera y señaladamente á España en un desarrollo y en un nuevo período de su vida. Por sí solo hubiera hecho la transición de la Edad media á la Edad moderna, aunque otros tantos sucesos no hubieran cooperado en el último tercio del siglo XV y en el primero del XVI á obrar una revolución radical en las ideas, en la política, en el comercio, en las artes, en la propiedad, en las necesidades y en las costumbres.»

Modesto Lafuente.

LA AMÉRICA PREHISTÓRICA

Antigüedad de América. – Antigüedad del hombre americano. – No cabe afirmar ni negar que fuese autóctono. – Teorías sobre su origen. – La Atlántida. – El estrecho de Béhring. – Los israelitas. – Los chinos. – Los tártaros. – Los mogoles. – Los caras. – Los carios. – Los fenicios. – Los egipcios. – Los escandinavos. – Los gaeles. – Si realmente pudieron arribar á las playas de América antes del descubrimiento hombres de Europa y de Asia. – Pudieron llegar, pero no colonizaron.

La América es tan vieja como nuestro continente. Allí como aquí han podido los geólogos estudiar era por era, período por período, época por época y capa por capa la historia de la tierra; allí como aquí los paleontólogos han encontrado ejemplares fósiles de *las floras* y *las faunas* propias de cada ciclo, y allí como aquí por esos fósiles se ha descubierto la existencia de especies extinguidas en edades remotas.

Había allí á no dudarlo en los principios de la era cuaternaria el elefante, el mastodonte, el caballo, el megaterio, el milodonte, el megalónice, el gliptodonte, el clamidoterio, el paquiterio y otros seres del mismo orden. Predominaban en todo el continente los animales herbívoros, y de éstos, en la parte meridional, los desdentados.

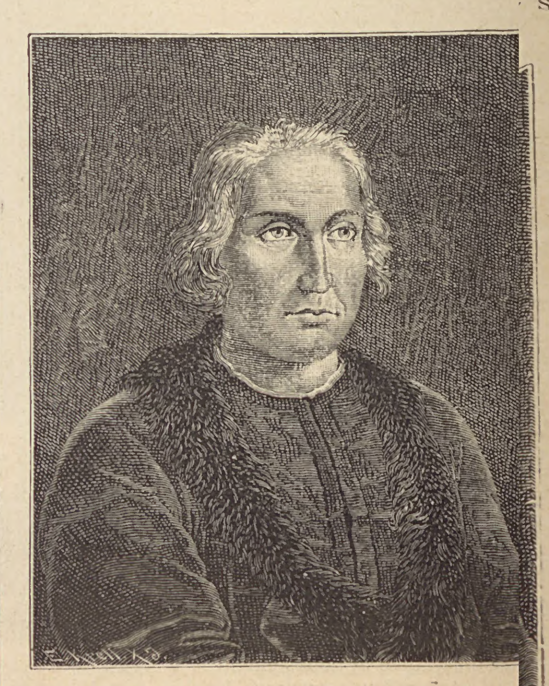
Desaparecieron todos al deshacerse los hielos polares que habían llegado á cubrir el Canadá y las tierras del Nordeste de la República de Wáshington. ¿Coexistiría con ellos el hombre? Recientes descubrimientos han dado margen á sospechar si existía ya durante los períodos plioceno y mioceno de la era terciaria. Que vivieron en el primero de la cuaternaria parece fuera de duda. Lo acreditan, á mi entender, los numerosos utensilios é instrumentos de piedra encontrados junto con huesos fósiles de mastodonte y otros paquidermos en galerías de California abiertas á centenares de pies de profundidad bajo densos estratos de lava y también los muchos cráneos que vió Lund en cavernas del Brasil junto con huesos fósiles de caballo, de megaterio, de proto-pantera y aun de especies que subsisten. Abundan ya los hallazg hechos en tierras cuaternarias de especies extinguic mezclados con restos ú obras del hombre.

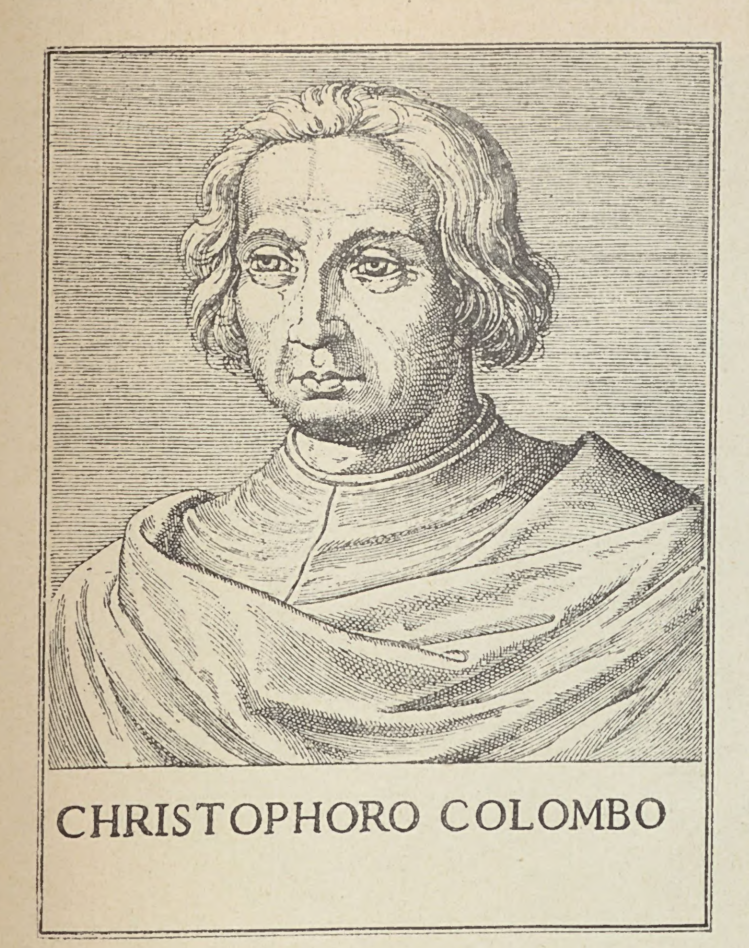
No por eso he de afirmar que fuesen autóctor los primeros pobladores de América. Ni lo niego lo afirmo, que en pro y en contra hallo razones c equivalentes. En realidad, no permiten hoy afirm lo ni el génesis del cristianismo ni el de los dar nianos, que inútilmente han buscado allí á nuest primates, los antropoides. Prevalece, quizá por e motivo, la opinión contraria, y se sigue con no r nos afán que antes averiguando de qué parte mundo pudieron proceder los americanos. Averig ción verdaderamente ociosa, á ser tan antiguos co parece por los indicados hechos.

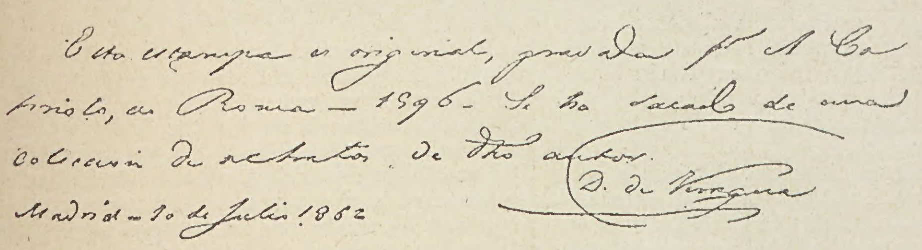
A raíz del Descubrimiento fijáronse algunos escr res en la *Atlántida*, y explicaron por la antigua un ó proximidad de los dos continentes la presencia hombre y de los demás seres animados en Amér Túvose después la *Atlántida* por fabulosa y se la legó al olvido; pero hoy vuelve á decirse que la hu y desapareció realmente en una de las grandes re luciones geológicas.

Impresiona á la verdad lo que sobre este pu refiere Platón en sus diálogos *Timeo* y *Critias.* gún él, había recogido Solón de boca de los sacer tes de Sais las siguientes noticias, tomadas de las meras tradiciones de Egipto: «Nueve mil años a – Solón vivió del 640 al 559 antes de Jesucrist cabía atravesar el Océano Atlántico. Había enfre del estrecho llamado las Columnas de Hérc una isla más grande que la Libia y el Asia jun desde la cual podían los navegantes pasar por o islas á un continente que aquel mar lamía; mar no de este nombre, ya que el de la parte de acá parecía sino un puerto de angosta entrada. En a lla isla, por nombre Atlántida, habían creado los yes un vasto y maravilloso imperio que se exte allí hasta el desconocido continente y aquí po Libia hasta el Egipto, por Europa hasta la Tirre Habían aquellos poderosos monarcas reunido un sus fuerzas é intentado someter de un golpe tod los pueblos del Mediterráneo; y los atenienses, pri ramente á la cabeza de todos los griegos y desp solos por la defección de sus aliados, los habían cido arrojándolos así de Europa como de la Li Tiempos después ocurrieron inundaciones y terre tos: en un solo día, en una sola noche, tragó la ti á los soldados de Atenas y desapareció la Atlánt No era posible por esto cruzar aquel océano: lo pedía el mucho lodo que había dejado la isla al h dirse en el abismo.»

Se hace difícil considerar estas noticias mero to de la fantasía; tanto más difícil viendo los nu rosos pormenores á que se desciende. Se dice d isla que levantaba mucho sobre el nivel del m tenía cortadas á pico las orillas, abundaba en t lo necesario para la vida y para el ejercicio de artes, contaba entre sus muchos minerales el auri co, era rica en todo género de bestias mansas, e cialmente en elefantes, y allá en su promedio, corta distancia del Océano, contenía una vasta nura recta y cuadrilonga con una colina en el ce rodeada de fuertes muros y de cinco muy an fosos, tres de agua y dos secos. Se añade que d naba aquella colina un templo y un palacio


Retrato supuesto de Cristóbal Colón
El original se encuentra en Madrid en el ministerio de M





describe los materiales de que se componían. Determínase además por qué sistema político se regían los pueblos, y se los presenta distribuídos en diez naciones confederadas de que era jefe supremo el rey Atlante. Se explica, por fin, minuciosamente cómo y cuándo se reunían los príncipes de estas naciones, los asuntos de que trataban, los juicios que instruían contra los infractores de las leyes y las ceremonias de los fallos: el sacrificio, el juramento, el banquete, el cambio de traje.

A pesar de esto, no daría grande importancia á la cuestión si no viese reconocido por muchos geólogos que existió la Atlántida. Desde luego admiten todos que pudo muy bien, si existió, hundirse en el Océano, aserto no de extrañar cuando hace poco más de cinco años en las aguas de la Sonda desapareció la isla de Krakatoa, se dividió la de Sungpán en cinco islotes, se sumergió la costa de Bantam, aparecieron dies y seis volcanes y la alteración del mar se dejó sentir en las riberas de California; y en el pasado siglo, el año 1755, á consecuencia del terremoto que destruyó la ciudad de Lisboa y se extendió á la Noruega y la Islandia, creció el Atlántico seis metros en las Antillas y veinte en Cádiz. Aunque por los trabajos de Lyell se atribuye hoy los cambios geológicos más á una lenta elaboración de la materia cósmica que á grandes cataclismos, forzoso es confesar que debió de haberlos en las antiguas eras, cuando aun en la presente y en no muy apartados tiempos registra la Historia los que acabo de referir y respecto á las eras anteriores y aun al período terciario decimos hoy consolidada y firme la tierra.

La existencia de la Atlántida la fundan algunos geólogos en que se ha de suponer pristinamente unidas las tierras hoy separadas, siempre que en sus estratos se observe identidad de floras ó faunas fósiles, y esa identidad es visible en los contrapuestos bordes del viejo y del nuevo mundo, gracias á las investigaciones de muchos sabios, á las cuales hay que añadir las del portugués Ribeiro, que asegura haber encontrado en los lignitos del cabo Mondego los vestigios de toda una flora americana. Partiendo de este dato y de las diversas profundidades del Atlántico, marcadas en los concienzudos mapas de Stieler, hasta se ha llegado á fijar los límites que hubo de tener la presunta isla, dándoselos en las Azores, las Canarias y las Antillas.

Prescindiendo de la exactitud ó inexactitud de estos límites, ha fortalecido un español la tesis llamando la atención sobre lo acantiladas y llenas de rías que desde Aveiro hasta Avilés se presentan las costas de nuestra península, allí compuestas de capas donde es fácil distinguir los terrenos de los períodos que van del primitivo al cretáceo, y sobre cuán imposible habría sido sin la Atlántida ú otra tierra contigua la flora y la fauna de los extensos lagos que durante el período mioceno ocupaban la mayor parte de nuestro territorio; lagos que juntos medían 127.344 kilómetros cuadrados y formaban las cuencas del Duero, el Tajo, el Guadiana y el Ebro. En los almarjales, los pantanos y las montañas de esos lagos había, se dice, una vegetación brillantísima, de cuyas especies correspondían 131 á la zona templada, 266 á la cálida y 85 á la tórrida. Acontecía otro tanto en la fauna; y es evidente, se añade, que sin tierras al Oeste que ejerciesen influencia sobre los vientos reinantes, ni habrían podido existir estas condiciones meteorológicas ni subsistir los mismos lagos.

Vienen también en apoyo de esta opinión muchos etnólogos, para quienes hay notable semejanza de costumbres entre los antiguos pueblos del Occidente de Europa y los del Oriente de América, sobre todo entre los de las Antillas y los de las Canarias.

Para mí, con todo, no es todavía la Atlántida sino una hipótesis. De los mismos geólogos la ponen pocos enfrente del estrecho de Gibraltar, donde Platón la puso. El la dijo isla y muchos la creen prolongación de nuestro continente. Ni todos aceptan que subsistiese en la era cuaternaria, ó lo que es lo mismo, que coexistiese con el hombre. Sin esto, ¿qué gana la revelación de los sacerdotes de Egipto?

Más tarde otros escritores han querido explicar la aparición del hombre en América por la proximidad de América y Asia. América y Asia distan efectivamente muy poco una de otra en el estrecho de Béhring, hacia el Noroeste. Del cabo Oriental al del príncipe de Gales no hay allí, según Stieler, más que 70 kilómetros. Acércanse allí además los dos continentes por la corva cadena de las islas Aleutias, que arranca, no del estrecho, mas sí del mar de Béhring.

Que por allí hayan podido temprano penetrar en América gentes del Asia es innegable; tanto más, cuanto el estrecho se hiela algunos años á pesar de la corriente cálida que sube del Océano Pacífico al Glacial del Norte. Es por otra parte hecho inconcuso que de tiempo inmemorial se comunican los habitantes de las dos riberas. ¿No sería verdadera locura negar que se comunicasen allá en apartados siglos? Han reconocido no pocos viajeros el tipo mogólico en los aleutas y en muchos otros pueblos de la costa Noroeste de América.

Mas si en terrenos cuaternarios de América han parecido ya evidentes vestigios del hombre, preciso es poner en los períodos glaciales la llegada allí de los primeros asiáticos. Llegarían salvajes, tal vez sin idioma, y olvidarían hasta su origen. En parte alguna del nuevo continente se ha encontrado el menor recuerdo ni del Asia, ni de ninguna de sus regiones, ni de ninguno de sus pueblos.

Añádase á esto que la proximidad de los dos continentes no explica la presencia en el americano de los animales fieros que lo habitan, muchos por cierto bien distintos de sus congéneres del viejo mundo. No los habían de llevar consigo los emigrantes de Asia, cuando no resulta que llevasen los de carga y acarreo, tan útiles para el descanso y el progreso del hombre.

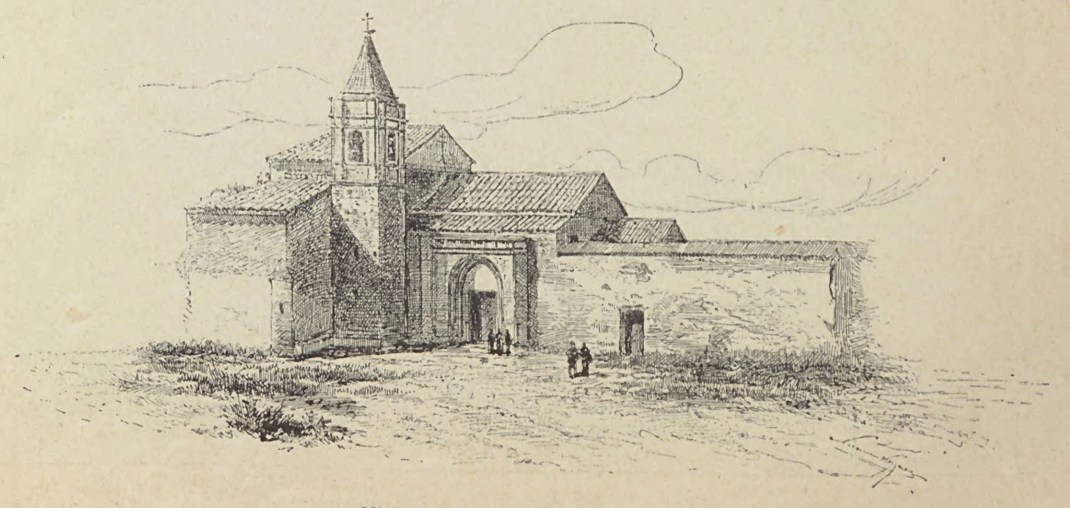
A mi modo de ver, es indispensable alterar los términos de la cuestión, preguntando no de dónde pudo allí proceder el hombre, sino si extrañas gentes fueron ó no á civilizarle antes del Descubrimiento. Prevalece aquí la afirmativa, pero surge la mar de opiniones. Pretenden muchos que le civilizaron los hebreos, á quienes se ha llegado á mirar como á los primeros pobladores de América. Sobre el tiempo en que tal sucediera están todos discordes. Ocurrió según unos en los mismos días de Noé, según otros en los de sus hijos ó sus nietos, según otros después de la destrucción de la torre de Babel, según otros al dispersarse las tribus israelitas y según otros á la muerte de Cristo.

Para la demostración de todas esas aserciones se ha derrochado caudales de erudición é ingenio. Se ha comparado creencias, tradiciones y costumbres americanas con creencias, tradiciones y costumbres judías, y violentando no pocas veces los hechos, falta común en esta índole de trabajos, se ha venido á la conclusión preconcebida. En dos cosas principalmente se ha buscado apoyo: en la idea que de un remoto diluvio tenían muchísimos pueblos de América y en la aparición por Méjico de un hombre llamado Quetzalcoatl, á quien se pinta blanco de cara, negro y lacio el cabello, espesa la barba, calzados de sandalias los pies y vestido el cuerpo de larga túnica. Nada menos que á Santo Tomás se ha querido ver en ese hombre extraordinario de que hicieron los americanos no sé si un dios ó la imagen de un dios de su nombre.

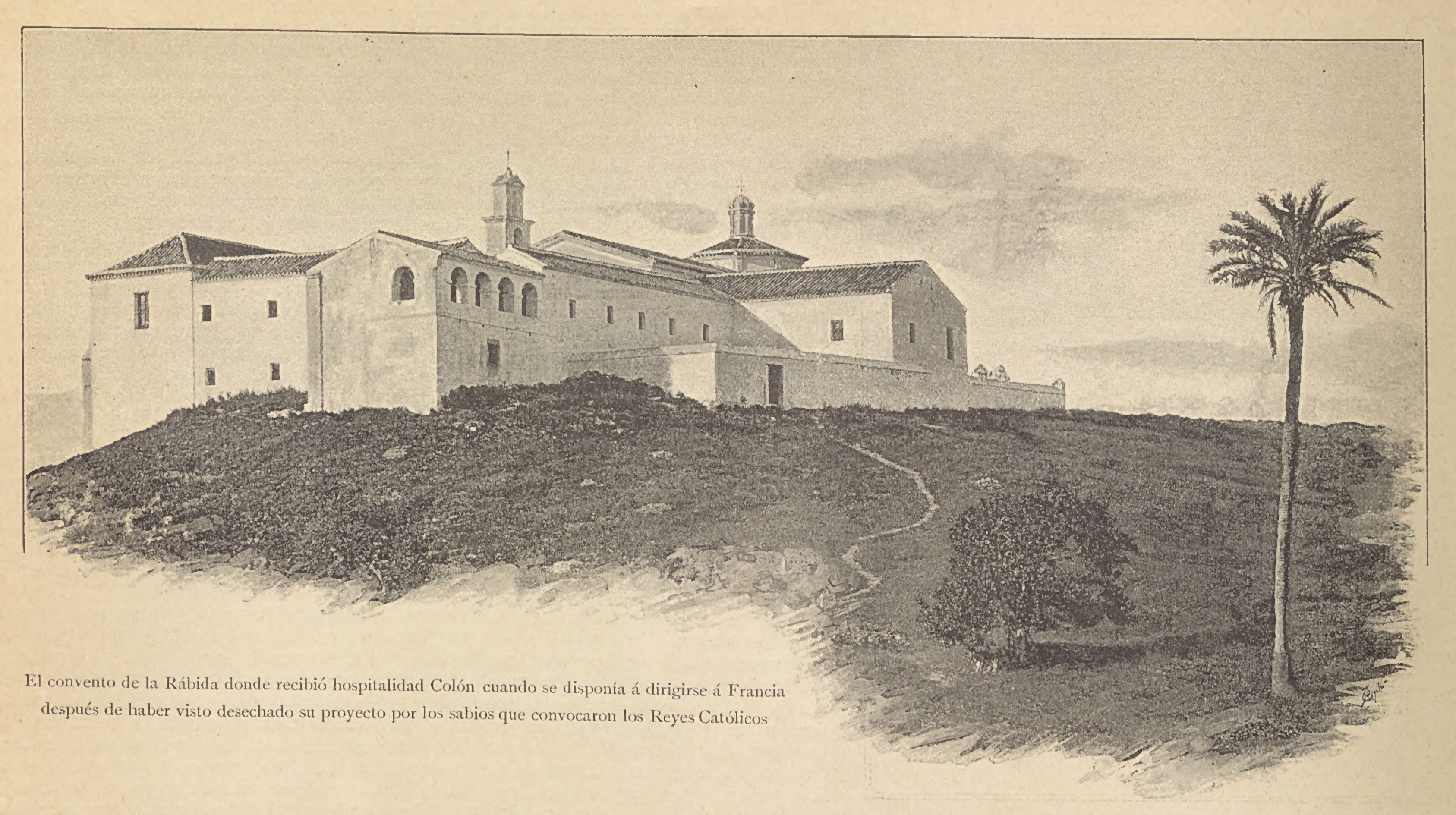
Perdone el lector si no aduzco en contra muchos argumentos. Sin haberlo oído de boca de los judíos, podían muy bien los americanos hablar del diluvio, ya que hubo un período diluvial, según la Geología, para toda la tierra. De ser Quetzalcoatl un apóstol, ¿habría dejado de hablarles de Cristo? Que el nombre de Cristo no sonó en América antes del descubrimiento, es, sin embargo, un hecho que no permite dudas.

Quetzalcoatl por las tradiciones mejicanas no era, además, un simple moralista; enseñaba, no sólo la oración y el sacrificio, sino también el cultivo de la tierra y la práctica de las artes. Ni hacía sus penitencias á usanza de los judíos ni de los cristianos: se taladraba con espinas de maguey la lengua y se bañaba á media noche en agua fría.

De varones de blanco rostro y austeras virtudes como Quetzalcoatl háblase además en muchas y muy distintas regiones de América: en algunas, como la de los mayas y los quichés, dándoles nombres de igual significación y sentido. En el Perú escribe Cieza que se hacía mención de dos: uno que allanaba los montes, convertía en cerros los valles y sacaba de las rocas fuentes de agua viva, y otro que sanaba los enfermos y daba vista á los ciegos; y en Colombia dice Humboldt que se recordaba á otro llamado Bochica, que abrió paso á las aguas del lago de Funhzé y dió origen al salto de Tequendama. De todos estos hombres se refería tan especiales y extraordinarios he-



Vista de la iglesia parroquial de Palos



El convento de la Rábida donde recibió hospitalidad Colón cuando se disponía á dirigirse á Francia después de haber visto desechado su proyecto por los sabios que convocaron los Reyes Católicos

chos, que sería hoy carencia de reflexión dejar de tenerlos por mitos indígenas.

Semejanzas entre los hombres del nuevo y los del antiguo continente ¿cómo no había de haberlas? El hombre es esencialmente el mismo en toda la haz del globo: está dotado de iguales instintos y de igual juicio. El desarrollo de su razón es desigual, pero obedece á los mismos impulsos y recorre las mismas etapas. ¿Hubo algún pueblo que llegara á la edad de bronce sin pasar por la de piedra? ¿Hubo alguno que llegara á la escritura fonética sin pasar por la jeroglífica?

Dejando ya estas hipótesis, debidas en gran parte á preocupaciones religiosas, y haciendo caso omiso de una tradición por la que, según Cogolludo, hacían los mayas venir de Occidente una de sus inmigraciones, paso á dar cuenta de asertos á que se atribuye fundamento histórico. Empiezo por los que se refieren á venidas del Oeste. Los chinos, se dice, conocieron temprano la América. Del siglo V al VI de la era de Cristo, bajo la dinastía de los Thsin, durante el reinado de Fi-Ti, habían visitado ya las playas de California ó de Méjico. Un historiador que vivía en los comienzos del siglo VII, Li-yan-Tcheou, refiere esta expedición por boca de Hoei Chin, sacerdote budista. Según este, á veinte mil *li* al Este de Tahán, como á diez mil kilómetros, había un país que llevaba el nombre de Fusang por el de cierta especie de árboles allí muy abundantes, de hojas parecidas á las del thoungh y de renuevos semejantes á los del bambú, que suministraba alimento, vestidos, papel y hasta materiales para la construcción de las casas. Se ha visto desde luego en Tahán la península de Kamtschatka, y se ha inferido que Fusang es América. Para demostrarlo no ha sido en verdad poco lo que se ha escrito.

Nada, no obstante, más inexacto. Contiene la relación de Hoei Chin muchos pormenores, y de éstos apenas los hay que puedan referirse á pueblo alguno de América. La descripción del árbol *fusang* trae de pronto á la memoria el *maguey*, planta abundantísima de que sacaban los mejicanos el *pulque*, el aguamiel, el *nequen*, las hojas de papel en que pintaban sus jeroglíficos y los palos de que se servían para la techumbre de sus casas; mas lo aleja en cuanto se lee que el fruto del fusang tiene forma de pera, y se sabe que el thoungh chino es uno de los arbustos bignoniáceos cuyas hojas en nada se parecen á las del agave.

En el país de Fusang, según Hoei Chin, no se conocía ni guerras ni tropas ni armas; había ganado de cuernos que podía llevar de peso hasta ciento veinticinco libras; tiraban de carros bueyes, caballos ó ciervos; se recogía la leche de las ciervas y se la hacía queso; abundaban las vides. En América, por el contrario, abundaban las guerras, y faltaban la vid, el queso, la leche, los caballos, los bueyes y los vehículos. Bestias de carga no las había sino en el Perú y no eran cornudas.

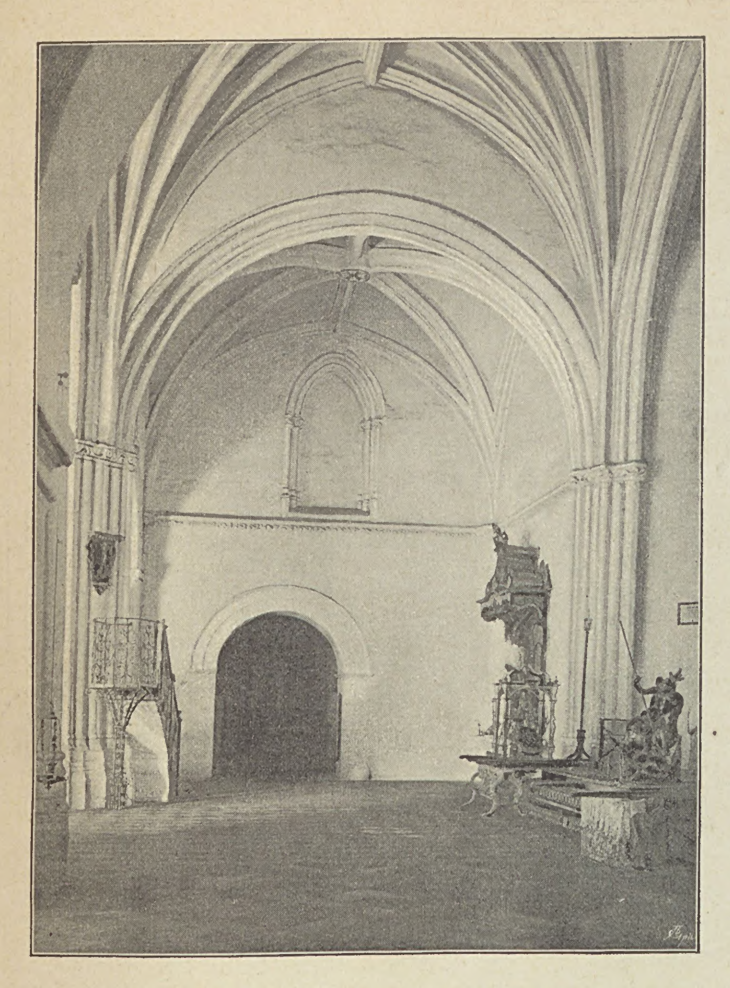
Aplicables á pueblos americanos menciona Hoei Chin sólo la falta del hierro, el uso del cobre, la manera de solicitar la mujer para el matrimonio y los duelos por los difuntos. A pueblos americanos, digo, no á todos los pueblos ni á los más siquiera, que á todos solamente convenía el desuso del hierro. Aun el modo de ganar novia era privativo de escasas tribus mucho más septentrionales que las de California.

Tiene aún menos base la presunción de que en más cercanos tiempos, sobre el año 1270, arrojados de su país los chinos por los tártaros, se dirigieran en número de cien mil á bordo de mil buques hacia Levante, y arribaran á las costas de Méjico y allí fundaran el imperio de los Motezumas. Sobre que hecho de tanto bulto, á ser cierto, no lo habrían dejado de escribir los historiadores chinos, que dan cumplida cuenta de la destrucción de su armada por esos mismos tártaros en 1278, queda esto completamente desmentido, así por la absoluta disparidad de las lenguas china y nahuatl, como por no haberse encontrado en Méjico vestigios ni memoria de los medios de navegación que los chinos conocían y sí tan sólo la balsa y la canoa.

Creo ahora excusado hablar de la aparición en Manta y el cabo de Santa Elena de ciertos hombres de extraordinaria estatura de que al parecer hablaban antiguas tradiciones del Perú y de Quito. Referíase que habían abordado aquellas costas, según Velasco en almadías, según Garcilaso en grandes barcas de juncos, y añadíase que habían desaparecido por la cólera que con sus crímenes habían despertado en cielo y tierra. Aun de esos pretendidos gigantes se ha



El convento de la Rábida. La cruz que se alza á la derecha es la en que, según la tradición refiere, se sentó Colón antes de recibir hospitalidad en el monasterio



Vista del interior de la iglesia parroquial de Palos (de una fotografía)

sacado después argumento para otra inmigración asiática. Parecieron de tan desmesurada grandeza, no porque lo fueran, sino porque iban montados en elefantes. Eran mogoles.

En el siglo XIII, se dice, Kublai Khan, emperador del Mogol, envió una escuadra contra las islas japonesas. La dispersó la tempestad, y algunos buques, impelidos por los huracanes, fueron á dar en las riberas del Perú. Desembarcaron los mogoles que los tripulaban, y con tan buena suerte, que sometieron el país y fundaron el imperio de los Incas.

La dispersión de la escuadra resulta cierta, la posibilidad de que buques dispersos llegasen á lueñes y desconocidas playas es innegable; mas de aquí no cabe inferir ni aun que esto aconteciese. No hay ni en las tradiciones del Perú ni en los anales del Mogol memoria ni de la conquista ni del arrribo. No tuvieron jamás los peruanos por extranjeros á sus Incas, ni los Incas se dijeron oriundos de otras tierras. Ni jamás durante el imperio se hizo en el Perú barcos parecidos á los de los mogoles. En balsas y no en otras embarcaciones consta que fueron los Incas á castigar y domar la isla de la Puna.

Fúndase también esta opinión en meras analogías; en si mogoles y peruanos hacían del sol objeto especial de culto y le consagraban parecidas fiestas; en si los Incas llevaban casi el mismo tocado que los descendientes de Genghis Khan y removían anualmente la tierra por sus manos como los emperadores de China; en si los peruanos cazaban las reses arrollándolas como los pueblos de Genghis y ponían en las juntas de las piedras de sus edificios el mismo cuidado que los hijos del Celeste Imperio; en si chinos y peruanos usaban igualmente del *quippu* como medio estadístico y recordatorio; en si estaban por fin casi organizados de la misma manera el ejército de los Incas y el de los mogoles. Hallaron los españoles en el Cuzco una cruz de bruñido jaspe, y aun ésta se la atribuye á los nestorianos, que de seguro irían en la deshecha armada, según los muchos que ya entonces en el Mogol había.

Criterio más engañoso podría difícilmente darse. Por analogías cabe emparentar á los peruanos lo mismo con los pueblos de Asia que con los de Europa; por analogías cabe emparentar á los pueblos todos de la tierra. No por aisladas analogías se ha de inquirir su filiación, sino por el conjunto de su vida: sobre todo por su lengua, su numeración, su cronología, su cosmogonía, su religión, sus artes y el estado y los procedimientos de su industria.

El *quippu*, por ejemplo, lo había en Méjico; la cacería en corro, en Méjico y hasta en tribus salvajes; el culto del sol, en gran parte de América; el esmero en las juntas de las piedras, dondequiera que floreció la Arquitectura. Viendo por otro lado algunos monumentos del Perú, ¿quién no recuerda, ya los de Egipto, ya los que aquí llamamos ciclópeos, ya las antiguas acrópolis, ya los castillos de la Edad media?

Según Velasco, hubo otra inmigración por Occidente, la de los caras, de quienes dice que del siglo VII al VIII llegaron en balsas, subieron por el río de las Esmeraldas, transmontaron los Andes y fundaron en Quito el reino de los Scyris. De dónde salieron no se declara; no debía de ser de muy lejos cuando navegaban en almadías.

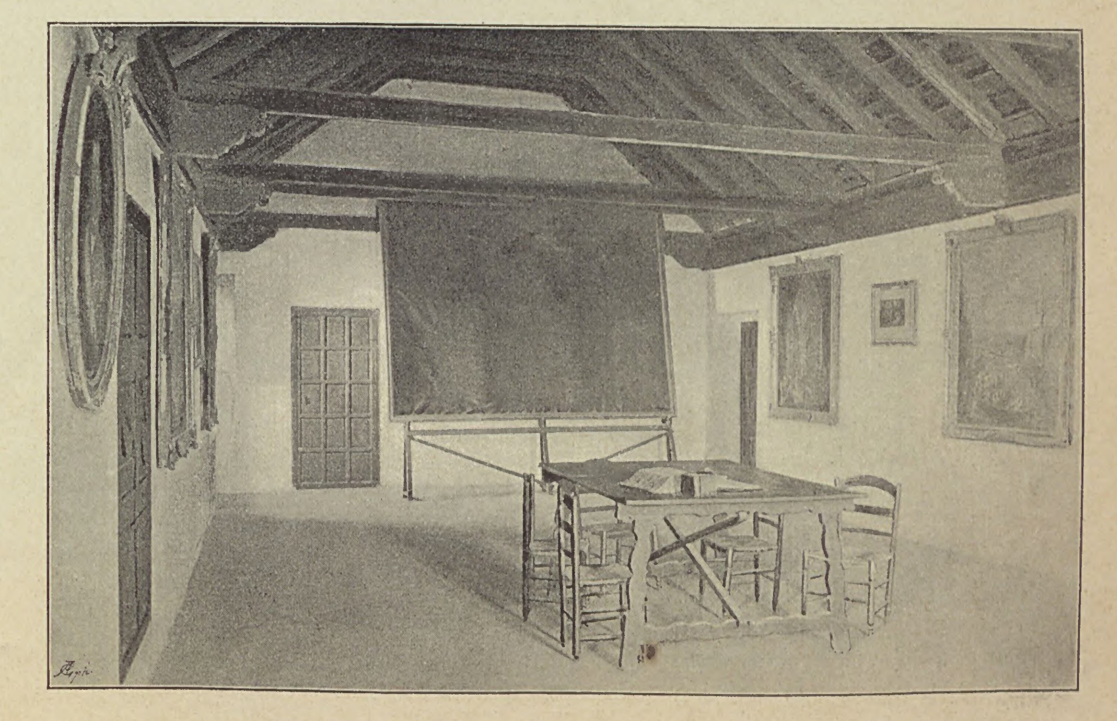
Doblo, no obstante, el cabo de Hornos; encuentro derramados por gran parte de la costa de Oriente á los tupíes, y leo en el Sr. vizconde de Porto Seguro que proceden de los carios, de aquellos terribles piratas del Mediterráneo que un día ocuparon las bocas del Nilo y hubieron de abandonarlas cuando Cambises II avasalló el Egipto. ¿Hablarían del mismo pueblo el Vizconde y Velasco? Opina el Vizconde que, pues los carios conocían las islas Canarias, como los fenicios, de quienes eran rivales, debieron en sus muchas vicisitudes salir al Atlántico y en una verse arrastrados á las tierras de América por los temporales ó las corrientes. Hubo de ocurrir esto á su entender del siglo VIII al VI antes de Cristo.

Fúndase también este autor en meras analogías: unas léxicas, otras de costumbres, otras de supersticiones y creencias. Fíjase por de pronto en que el tupí daba á buena parte de los suyos el nombre de *car-ibes*, á otros el de *car-ijos*, á sus hechiceros el de *car-ais* y á un manantial de Río Janeiro el de *Car-ivea*. Busca luego en la lengua tupí voces que suenen á las de idiomas antiguos de nuestro continente; y con rebuscar mucho y violentar no poco, halla sobre setenta. Respecto á las costumbres y la industria tiene por semejantes á las de Egipto las canoas, la materia de que frecuentemente se las hacía, las armas, los instrumentos músicos, los artículos de cestería y de cerámica, el respeto á los animales domésticos, el unto del cabello, las ofrendas á los difuntos y las venganzas ejercidas en los cadáveres de los enemigos; también el *tepití*, por el que se purgaba y se purga todavía la mandioca, y el *saumaqui* ó banco de conchas. Sobre creencias y supersticiones recuerda por fin á Egipto en Sumé y Tupay, el dios y el diablo de los tupíes; en los *payes*, á la vez sacerdotes y médicos; en la *mbaracá*, una especie de sistro; en el miedo á las aves nocturnas y en las incalificables prácticas de agujerearse el rostro para la inserción de adornos y prolongar el cráneo de los niños. Ve á los egipcios hasta en el tipo, hasta en el carácter moral de los tupíes.

¡Lástima de trabajo! Dentro de la misma América habría podido encontrar el Sr. Vizconde más numerosas, más visibles y sobre todo más fáciles analogías. Aun lo que parece más característico, el tepití, por ejemplo, existía en sus más rudas y primitivas formas entre los achaguas, que vivían no lejos de las orillas del Meta. No digamos de los saumaquis ó bancos de conchas, comunes en las costas occidentales de la América del Norte. El maridaje del sacerdocio y la medicina en una persona, las ofrendas á los difuntos, el unto de los cabellos, la inserción de adornos en la cara, las deformaciones del cráneo, el uso de la mbaracá y el cuerno marino, el supersticioso temor á la lechuza y al buho, generales eran en todo aquel vasto continente. La cestería y la cerámica ¡en cuántos pueblos no presentaban los colores y las formas que entre los tupíes! Hacían los tupíes canoas de una planta que es de la familia de las ciperáceas, y los columbios del Norte y muchos pueblos al Oriente de las Montañas Pedregosas, de corteza de abedul ó de pino.

Brasseur de Bourbourg habla también de los carios, pero como civilizadores, no sólo de los tupíes, sino también de toda América. Es más lógico que el Vizconde. Llegaron, según él, á las playas del que llamamos Nuevo Mundo antes de la destrucción de la Atlántida y dieron su nombre á multitud de lugares. Son realmente en América muchos los nombres geográficos que suenan á carios. No abundan al Norte, pero sí de Santo Domingo al río de la Plata. Cari, Cariaco, Cariay, Caribana, Carioco, Carangui, Carimú, Carapo, Caraguaitay, Caramativa, Carambaba, Carapo, Carapu, Carara, Carori, etc., etc.; los carios, los caribes, los carijos, los caripores, los carinis, los carinitos, los caracares, los carachis, etc. Mas ¿cabe fundar en tan frágil base tan aventurada teoría? Es de advertir que en la lengua tupí no hay voz alguna que empiece por *car* y encierre la idea de varón, de hombre; y en la quichua *ccari* significa varón, varonil, valeroso. Los *yuraj-ccari*, los yuracarés, son los blancos hombres. En tupí, hombre es *abá*; varón, *cuimbaé*.

Pretenden otros que estuvieron en América los fenicios. Se fundan principalmente en un pasaje de Diodoro de Sicilia. Refiere Diodoro en los párrafos 19.º y 20.º del libro V de su *Biblioteca Histórica* que los fenicios, después de haber establecido gran número de colonias en la Libia y en los países occidentales de Europa, como poseyesen grandes riquezas, intentaron navegar allende las Columnas de Hércules por el Océano, y mientras costeaban el Africa, arrojados por impetuosos huracanes mar adentro, después de muchos días de navegación al Oeste llegaron á una isla de considerable extensión y notable hermosura, surcada por ríos navegables y erizada de cerros. Describe luego la isla, y dice que era de suelo fértil, sana, rica en fuentes y manantiales, copiosa en caza y pesca, y de tal temperatura, que sus muchos árboles y otras plantas rendían lo más del año opimos frutos. Píntala con numerosos jardines, con huertas regadas por claros arroyos, con casas de campo suntuosamen-



Celda del Padre Juan Pérez, guardián de la Rábida y protector decidido de Cristóbal Colón, cuya empresa patrocinó desde el primer momento de conocer el proyecto del intrépido navegante



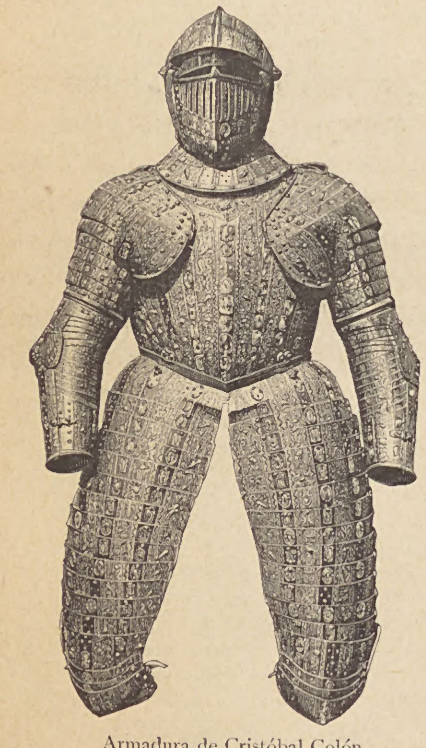
CRISTÓBAL COLÓN ESCARNECIDO POR LOS DOCTORES DE SALAMANCA (CUADRO DE NICOLÁS BARAVINO, EXISTENTE EN LA SALA ORSINI DE GÉNOVA)



Vista general de Palos, desde cuyo puerto partió Colón en busca de tierras desconocidas

te construídas cuyos patios están cubiertos de flores, y termina por afirmar que es tan bella, que más parece morada de dioses que de mortales.

Regresaron los fenicios á Europa, añade Diodoro, y divulgaron el descubrimiento. Codiciosos los tirrenos, trataron de ir á fundar una colonia en la nueva isla; mas los detuvo Cartago, temerosa de que la abandonaran muchos de sus hijos por tan fecunda tierra y deseosa de reservársela para el caso de futuros desastres.



Armadura de Cristóbal Colón existente en la Armería Real de Madrid

Lo ahora difícil es saber á qué isla arribaron esos fenicios. Pudo, se dijo, ser una de las Canarias, de que habló Plutarco en términos parecidos á los de Diodoro. No lo creo, ya que, según Plutarco mismo, en los tiempos de Sertorio, que eran los de Diodoro, se conocía ya dos de las Canarias con el nombre de Islas Atlánticas. Debió de ser otra la descubierta: mas considero inútil investigar la que fuese, puesto que por las mismas afirmaciones de Diodoro poca ó ninguna influencia hubieron de ejercer en ella navegantes que ni la colonizaron ni la hicieron motivo de otras expediciones. El hecho, de haber ocurrido, entiendo que no serviría sino para difundir por Asia y Europa el rumor que de tierras más allá del Océano quedó en los cantos de los antiguos poetas. Por eco de ese rumor y no por profecía tomo yo los conocidos versos de Séneca:

«Venient annis
Sæcula seris quibus Oceanus
Vincula rerum laxet, et ingens
Pateat tellus, Thetysque novos
Detegat orbes; nec sit terris
Ultima Thule.»

Derivan de Egipto otros escritores la civilización de América. El más sólido argumento es el uso de la pirámide y el jeroglífico en las dos regiones. La pirámide era efectivamente en América forma general de arquitectura; el jeroglífico, medio gráfico bastante común, si lo extendemos desde lo que grababa el iroqués en las cortezas de los árboles ó pueblos más bárbaros en las duras peñas, hasta lo que aún podemos ver en los pintados códices de los nahuas y los mayas. Mas ¡qué diferencia de los jeroglíficos y las pirámides de Egipto á los jeroglíficos y las pirámides de América!

En América las pirámides son truncadas; en Egipto, agudas. En América sostienen otros edificios; en Egipto encierran el sepulcro de los que las fundaron. En América se componen ordinariamente de tres ó más cuerpos escalonados; en Egipto no hay escalonada sino la de Sakarah, que se dice ser la más antigua. En América tienen de sillería cuando más los paramentos; en Egipto, paramentos y fondo. A las de América se sube por una ó más graderías; á las de Egipto por ninguna. En los pisos de las de América acostumbran á ser, por fin, perpendiculares los muros; en los de la de Sakarah se inclinan todos hacia el común vértice.

Las pirámides de América, más que con las de Egipto, guardan analogía con las del Eufrates y el Tigris, de las que se puede tomar como ejemplo la tumba de Ciro. Más que con las de Egipto la guardan aún con las que vemos en las pagodas de Mahabalipur y otros templos de la India. No hablo de la de Boro-Budor, porque se la cree del siglo XIV de la era de Cristo.

Los jeroglíficos de América siguieron á no dudarlo el mismo curso que en Egipto. Fueron primeramente figurativos; después figurativos y simbólicos; más tarde, figurativos, simbólicos y fonéticos. Hiciéronse fonéticos tomando de la figura de cada objeto la primera sílaba ó letra del nombre que lo expresaba. De la escritura fonética hubo en América tres clases: la meramente jeroglífica, la hierática y la demótica, y es posible que en América sucediese lo mismo. Hieráticos parecen los *analtés* de los mayas y demóticos los signos que nos transmitió Landa como letras de un alfabeto y no han bastado aún para la inteligencia de inscripciones ni códices.

Mas esto no implica ni que Egipto recibiese de América los jeroglíficos, ni que América los tomase de Egipto. Por esos ensayos debió de pasar y pasó de seguro en todos los pueblos la expresión gráfica de las ideas. Que no los descubramos ni aun en las naciones á que se atribuye la invención del alfabeto, no significa que no existiesen. En mi opinión, se cree, no sin causa, que las letras de los primitivos abecedarios son abreviaturas de antiguos caracteres figurativos.

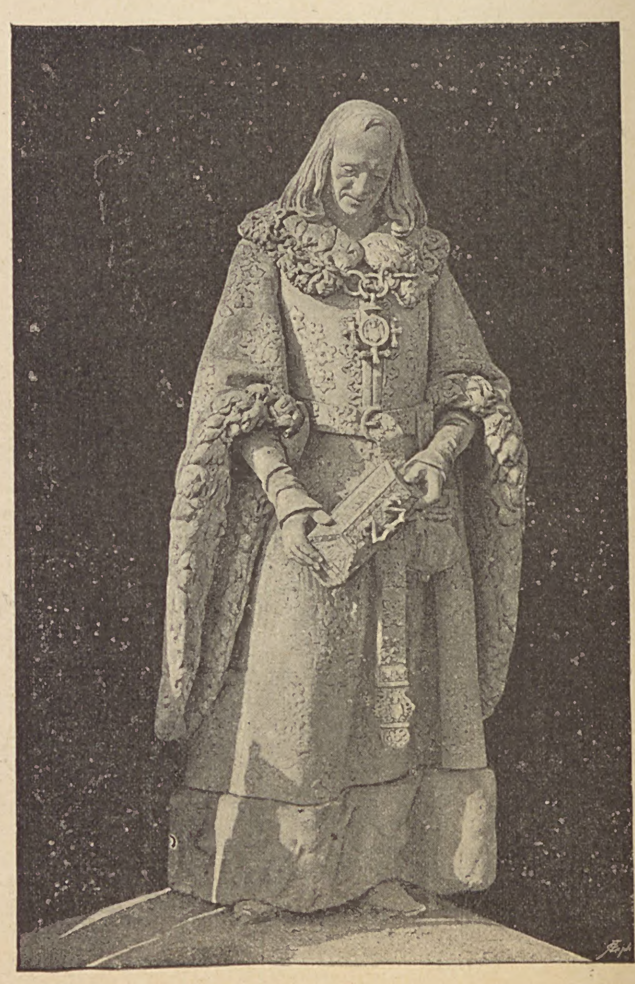
Cabe apreciar en la misma América lo que tardan los pueblos en recorrer esas etapas. Eran allí muchos los que no habían salido de la escritura figurativa. Los mismos nahuas apenas hacían uso de los signos fonéticos más que para la determinación de los nombres propios. Con ellos, por otra parte, distaban de haber conseguido la expresión de los sonidos simples. La consiguieron los egipcios, no los mejicanos ni tal vez los mayas.

Los egipcios estaban ya en el penúltimo término de evolución tan laboriosa; habrían llegado al último con sólo suprimir para los sonidos simples la multiplicidad de signos fonéticos, mal de que según Brasseur de Bourbourg adolecía también la escritura yucateca.

No hablemos de la forma de los jeroglíficos. Desde este punto de vista no cabe ni remotamente comparar los de Egipto y los de América. Refiérome principalmente á los que decoran los monumentos. Los de Egipto están grabados en hueco; los de América, en relieve. Los de Egipto son delicados y artísticos; los de América, borrosos y con tendencia á la caricatura. Los de Egipto se presentan desordenadamente distribuídos; los de América, por fajas.

No son comparables entre Egipto y América ni los jeroglíficos ni las esculturas. Podrán las de Palenque recordar las de Persia, no las de Egipto. Podrá verse en algunas tocados inconcebibles, no esa calántica de Isis, común á egipcios y griegos. Inútil buscar en las de América los contornos de las del Nilo; si unas y otras se parecen en la postura, aquéllas la deben más á la insuficiencia del arte que al sacerdocio; éstas, más á la religión que á la insuficiencia del arte.

Prescindamos ya de hipótesis. Entremos en los dominios de la Historia. Los europeos que realmente penetraron en América antes de Cristóbal Colón fueron los escandinavos. Tenían colonias en la Islan-



Santángel, escultura de Gamot que figura en el monumento de Colón en Barcelona



Ferrer de Blanes, escultura de Pagés que figura en el monumento de Colón en Barcelona

día el año 874 de la era de Cristo. El año 986 pusieron el pie en la Groenlandia á las órdenes de Erico el Rojo, que iba acompañado de Heriulfo Bardson, y se establecieron en una bahía al Sudoeste, á la que dieron el nombre de Eríksfiord. Groenlandia, como no ignora el lector, es ya parte de América.

Navegaba por entonces en los mares de Noruega Biarne, hijo de Heriulfo. Dirigióse á Islandia; supo allí á su padre ausente, decidióse á buscarle y, empujado por los vientos del Norte, fué á dar en las riberas de Terranova. Terranova, como no desconoce tampoco el lector, es una isla de América, situada al Sur de la Groenlandia. Desde ella ganó Biarne en cuatro días la playa de Eríksfiord.

Diez y seis años después, el año 1000, compró Leif, hijo de Erico, el buque de Biarne, y salió al mar con rumbo á Mediodía. Halló primeramente la isla de Terranova, á la que dió el nombre de *Hélluland*, y después la Nueva Escocia, á la que dió el de *Márkland*. Dobló luego el cabo Cod, se metió tierra adentro por un río que derivaba de un lago y allí ancló y pasó el invierno. Porque halló en la tierra vides silvestres, la llamó *Vínland*.

Vínland fué objeto de nuevas expediciones. La visitó el año 1002 Thorwaldo con tan adversa fortuna, que el año 1004 en una excursión marítima al Este murió á manos de los indígenas. Quiso en vano vengarle el año 1005 su sobrino Thorstein, hijo tercero de Erico; anduvo todo el estío errando con su esposa Gudrida por el Océano sin que nunca acertase á conocer dónde estaba, y cuando menos quería dió con las costas occidentales de Groenlandia, donde á poco exhaló su postrer suspiro.

Gudrida fué luego la que promovió la empresa de mayor importancia. Salían el año 1007 de la bahía de Eríksfiord tres naves tripuladas por ciento setenta hombres y abundantemente provistas de víveres. Iba al frente de la escuadra Karlsefne, varón rico y noble, con quien Gudrida acababa de contraer segundo matrimonio, y la llevó directamente á Vínland, donde pensaba establecer y estableció una colonia. Algo más de tres años estuvo allí, unas veces comerciando, otras en lucha; al cuarto, no sin razón temeroso de que los indígenas le atacaran de día en día con mayores fuerzas y al fin le acabaran, alzó el campo y dió la vuelta á Groenlandia sin ánimo de correr más aventuras ni exponerse á más riesgos.

Hízose todavía otra expedición á Vínland. Concibióla el año 1011 otra mujer, por nombre Freydisa, que con su esposo Thorwaldo había asistido á la de Karlsefne y portádose bravamente en un combate, y llevóla al punto á cabo por medio de dos hermanos que vió navegar en buque propio y ganó á su pensamiento. Obligóse á guiarlos con su marido y aun á poner como ellos á bordo treinta hombres de guerra, amén de algunas mujeres, siempre que le concedieran igual parte en los beneficios; y ya que los tuvo en Vínland, indujo á Thorwaldo á que se deshiciera de los consocios y los varones que los acompañaban, reservándose hacer otro tanto con las hembras. Ejecutóse tan atroz delito, y sus autores, no bien asomó la primavera del año 1012, regresaron á Groenlandia.

Hubo posteriormente viajes aislados: en 1121 el del obispo groenlandés Eurico á la tierra de Vínland; en 1285 el de los sacerdotes islandeses Adalbrando y Thorwaldo á Terranova; en 1347 el de diez y siete hombres á Márkland. Permanecía la Groenlandia en poder de los escandinavos y mantenía vivo el recuerdo de las comarcas del Mediodía. Sus colonos, lejos de decrecer, aumentaban y se extendían por las costas de Occidente. No mostraron á la verdad mucha afición á continuar por el Océano las correrías y los descubrimientos; mas acaso fuese por el deseo de explorar su propio domicilio. Subieron hasta los grados 75 46' de latitud Norte.

Otro hecho he de consignar aún de los escandinavos. Independientemente de las referidas expediciones, que se enlazan las unas con las otras, se sabe que el año 983 Ave Marson, jefe de los reykianes en Islandia, fué arrojado por una tempestad á muy inferiores costas; según algunos á las de la Florida, según otros, que no se atreven á determinar tanto, á las que median entre la bahía de Chesapeake y el golfo de Méjico. Allí se da también casi por cierto que fué á parar años después, el 999, Biorn Asbrándson, el apasionado amante de Thurida de Frodo, que perseguido por su adulterio, abandonó la Islandia sin decir adónde se dirigía. Empujado por vientos del Nordeste, fué allá el año 1027 Gudleif Gudlángson, que había salido de Dublín con rumbo al Norte, y refirió á su vuelta que, habiendo caído en poder de los indígenas, debió la vida á un hombre entre ellos de mucha autoridad, que se presentó con gran séquito, le preguntó al saberlo de Islandia por muchas personas de la isla, principalmente por Thurida de Frodo y, sin querer nunca decirle ni su patria ni su nombre, le dió una espada y un anillo con encargo de que entregase el anillo á Thurida y la espada á Kiartán, precisamente el hijo adulterino de Biorn Asbrándson.

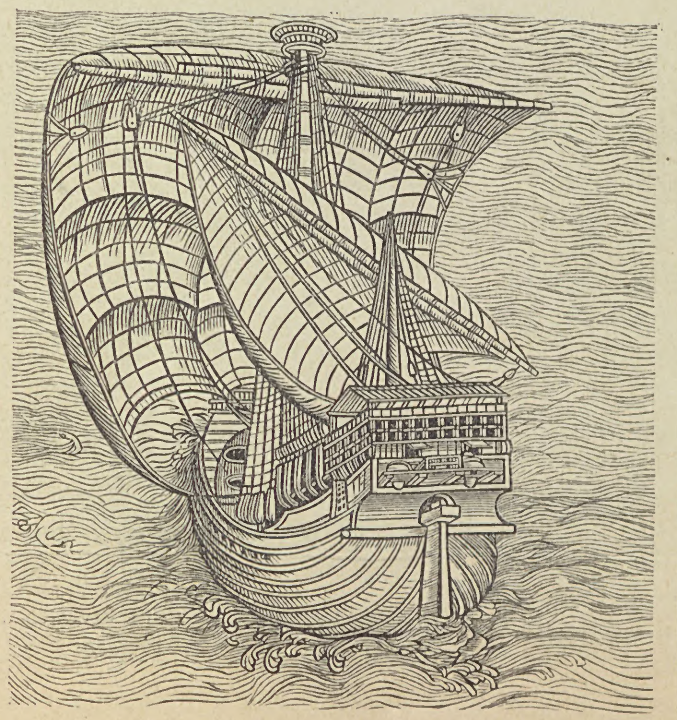
Todas estas relaciones, en que pudo entrar por algo la poesía, tienen como principal fundamento las sagas contenidas en un códice que hoy guardan los archivos de Copenhague, el *Codex Flatoiensis*, concluído en el último tercio del siglo XIV. Recogió éste y otros documentos sobre el mismo asunto Carlos Cristiano Rafn, y con el título de *Antigüedades Americanas* los publicó la Sociedad Real de Anticuarios del Norte. Quieren algunos autores verlos confirmados por la célebre roca de Dighton, sita en territorio de Massachusetts, riberas del Taunton, donde se presume que se detuvieron desde Leif hasta Freydisa; mas, á mi juicio, sin fundamento, ya que los jeroglíficos en ella grabados, atribuídos por unos á los escandinavos, por otros á los fenicios y por otros á los atlantes, son del mismo género que los de innumerables rocas de las tres Américas. Lo que realmente confirma las sagas es la piedra con caracteres rúnicos que el año 1824 se encontró en la isla de Kingiktorsoac, cerca de las costas occidentales de Groenlandia. Se habla en la piedra de unas lindes puestas el año 1134 por Erlingo, Biarne y Tindridio, probablemente en señal de ocupación de la isla. En la misma Groenlandia hay otras lápidas en letras ya romanas, ya rúnicas, que acreditan el mucho tiempo que durante la Edad media permanecieron allí los escandinavos.

No descansa de mucho en tan sólidos fundamentos la opinión de haber ido los gaeles en la segunda mitad del siglo XII á las playas de América. Refieren viejos anales célticos que á la muerte de Owen Gwinedd, príncipe de Gales del Norte, se disputaron la sucesión los hijos, y Madoc, el más pacífico, resolvió ir á buscar en ignoradas tierras la perdida calma. Navegó, dicen, con rumbo al Oeste y dió con el Oriente de América. Después de haberse establecido allí con los que le acompañaban, volvió, añaden, al país en busca de gente y de recursos, y con diez buques bien tripulados y provistos emprendió el viaje de retorno. No se sabe si lo hizo con buena ó mala suerte, pero se presume que con buen éxito.

Nūc vō & hę partes sunt latius lustratæ/& alia
quarta pars per Americū Vesputiū(vt in sequenti
bus audietur)inuenta est/quā non video cur quis
iure vetet ab Americo inuentore sagacis ingenij vi
Ameri- ro Amerigen quasi Americi terrā / siue Americam
ca dicendā:cū & Europa & Asia a mulieribus sua sor
tita sint nomina. Eius sitū & gentis mores ex bis bi
nis Americi nauigationibus quæ sequunt liquide
intelligi datur.

Facsímile del párrafo de la *Cosmographiæ Introductio*, de *Hylacomylus*, en que se estampa por primera vez el nombre de América

Parece á primera vista extraño que todo un príncipe saliese á la ventura buscando tierras que desconociese; mas en el siglo XII y en el Norte de Europa pudo muy bien Madoc haber tenido noticia de las descubiertas por los escandinavos. Es mucho más extraño que, habiendo vuelto Madoc á Gales, no hiciesen los gaeles más caso del acontecimiento. No se ha podido hasta aquí, por otra parte, determinar dónde se fundó la colonia. Lo fijan unos en Méjico, otros en la Florida, otros en la Carolina, otros en Virginia, otros entre los Asguaws, otros entre los Shawnis. Los motivos de incertidumbre y duda son muchos; los de seguridad muy pocos.



Nave de fines del siglo XV

Pongo aquí término al examen de la cuestión objeto de este artículo. Es para mí, como llevo dicho, no sólo posible, sino también probable que antes del descubrimiento por Colón hayan arribado á las costas de América pueblos, así de Oriente como de Occidente. Lo posteriormente ocurrido me lo confirma. El año 1500 fué arrojado por una tormenta á las costas del Brasil Pedro Alvarez Cabral, que iba á doblar el cabo de Buena Esperanza; el año 1731 lo fué á la isla de la Trinidad un barco que iba de la de Tenerife á la de Gomera; el 1777 lo fué á la Guaira otro que estaba destinado á la travesía de Lanzarote á Tenerife; el 1797 lo fueron á la isla de Barbados unos pobres negros que se escaparon de un buque en las costas de Africa. Por Occidente se repitió el hecho con mayor frecuencia. Del año 1782 al 1875 registra



Cuadros existentes en la celda de Fray Juan Pérez, guardián del convento de la Rábida

Brooks cuarenta y un juncos del Japón arrastrados á las orillas de América por los vientos y las tempestades. Sólo del 1850 al 1875 hasta veintiocho. De los cuarenta y uno consigna que llegaron vacíos once; con mujeres, ninguno.

Lo que no considero probable es que antes de Colón fueran á colonizar á América extraños gobiernos ni á poblarla gentes cultas de Europa ni Asia. No permiten que lo crea ni el estado de salvajismo en que á la llegada de los españoles vivían los más de los pueblos, ni el de relativa barbarie de las más prósperas naciones, ni el aislamiento en que las unas de las otras las vimos, ni la inexistencia del arado, los utensilios de hierro, las máquinas, el carro, el buque de arboladura, la moneda, el alfabeto. Me lo permite creer aún menos el carácter especialísimo que allí presentaban las principales manifestaciones de la humana vida: la religión, el arte, la poesía, la industria, la guerra, las costumbres.

Pudieron los americanos proceder de Europa ó de Asia; pero es indudable que si de Europa ó de Asia procedieron, debió de ser coetánea ó casi coetánea la aparición del hombre en los dos continentes.

FRANCISCO PÍ Y MARGALL



Cristóbal Colón en el convento de la Rábida, cuadro de D. E. Cano, existente en el Museo Nacional de Madrid

LA CUNA DE CRISTÓBAL COLÓN

Carta dirigida al académico Excmo. Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado

No, ciertamente, mi ilustre amigo y compañero, no estoy todavía convencido. Es realmente curioso, interesante y merece todo pláceme el libro recientemente publicado por el Sr. D. Francisco R. de Uhagón con el título de *La patria de Colón según los documentos de las Ordenes militares;* pero no ha llegado á convencerme hasta el punto de que pueda decir con su distinguido autor: «La materia está agotada, el problema histórico resuelto, y no debe discutirse más en este asunto.»

Creo, por el contrario, que aún se discutirá por largo tiempo y que todavía hay tela que cortar.

El Sr. Uhagón, con celo muy digno de aplauso y movido por la fe con que siguen y persiguen el estudio los que en él la tienen, quiso examinar los archivos de las *Ordenes militares*, para saber si allí existía por acaso algún documento que de manera terminante resolviese el enigma de la cuna de Cristóbal Colón hasta hoy incierta.

Y bien le avino en ello. Diéronle fruto sus pesquisas, y en el códice que es *Indice de los caballeros que han vestido el hábito de Santiago, con sus genealogías correspondientes*, encontró la de D. Diego de Colón, nieto del descubridor inmortal, con el proceso de información que hubo de abrirse para su toma de hábito.

De este proceso resultan tres declaraciones que el Sr. Uhagón traslada al pie de la letra.

De la prestada por Pedro de Arana es inútil hablar, pues sólo afirma haber *oído decir* que Cristóbal Colón era genovés, *pero que no sabe dondes natural.*

Más explícita la del licenciado Rodrigo Barreda, dice, pero también sólo por *haberlo oído decir*, que don Cristóbal Colón era de la *senioría de Génova de la cibdad de Saona.*

La de Diego Méndez, compañero que fué de navegación del gran almirante, es la única á que se puede dar cierta importancia. El testigo depone que D. Cristóbal Colón *era natural de la Saona ques una villa cerca de Génova.*

Pero esta afirmación, sin probanza alguna y sin más que la fe que pudiera darse á la palabra honrada del testigo, tiene la fuerza misma que puede merecer la de otros, también conocidos y compañeros de Colón, quienes, según cuenta y escribe Fernando Colón, el propio hijo del almirante, decían: «unos, que era de Nervi; otros, de Cugureo; otros, de Buggiasco; otros, que querían exaltarle más, decían que era de Saona; otros, genovés, y algunos también lo hacían natural de Plasencia.»

Hay que dar á éstos, por lo menos, el crédito mismo que pueda darse á Diego Méndez.

¿Y cómo, cómo puede darse más fe á la palabra de Diego Méndez que á la del mismísimo Cristóbal Colón, cuando dice de manera que debiera terminar todas las dudas: «Siendo yo nacido en Génova, vine á servir aquí en Castilla...» «De Génova, noble ciudad y poderosa por mar... de ella salí y en ella nací?»

La declaración no puede ser más terminante, ni puede ser más autorizado quien lo dice.

¿Cómo, pues, se ha de dar más crédito á la palabra de un simple marinero diciendo haber nacido Cristóbal Colón en Saona, que á la del mismo almirante consignando en un documento célebre que nació en la ciudad de Génova?



Isabel la Católica cede sus joyas para la empresa de Colón, cuadro de D. A. Muñoz Degrain

Y sin embargo, cuando se duda de lo dicho por el propio almirante, ¿se quiere dar más fe á lo que dice un simple marinero en cosa propia de aquél y no de éste?

Porque de lo dicho por el almirante, mi querido amigo D. Juan, bien sabe usted que se duda y que hasta el ánimo más sereno y convencido tiene motivos para dudar ante la balumba de pruebas y documentos que surgen de todos lados.

No es, pues, de extrañar que el libro del Sr. Uhagón y los testimonios en él aducidos nada vengan á resolver en definitiva. La cosa no está juzgada, ni mucho menos. Lo único que hasta hoy aparece más probable y resulta más evidente es que Cristóbal Colón fué de nacionalidad genovesa y nació en territorio perteneciente á la señoría de Génova; pero lo positivo es que todos cuantos esfuerzos se hicieron, y no son pocos, para fijar definitivamente la patria de Colón y el lugar de su cuna, resultaron inútiles ó poco menos.

Reina en este punto un misterio profundísimo, como si Dios quisiera que fuese un arcano y quedase para siempre oculto entre sombras eternas el pueblo donde por primera vez vió la luz el llamado á descubrir un nuevo mundo: misterio al que no ha contribuído poco ciertamente el mismo Fernando Colón, hijo del gran revelador, dejando en completa obscuridad los orígenes de su padre al escribir la vida de éste.

Paréceme, pues, que la publicación del libro que ha tenido usted la bondad de enviarme, y á que me estoy refiriendo, ofrece ocasión para que algo se diga de tanto como se viene hablando y discurriendo respecto á la patria de Colón.

Es posible, ó por mejor decir, es seguro que nada nuevo pueda yo comunicar á quien, como usted, tanto profundizó en estos y en otros estudios, demostrando en todos su competencia y maestría; pero creo que algo nuevo puede decirse, y decirse debe, por ser propio el lugar, en este número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA consagrado á conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América.

Y decirse debe también desde el momento que con gran alteza de miras se ocupó de este asunto en las páginas del *Boletín* de nuestra Academia de la Historia el señor barón de Mora reclamando para Cristóbal Colón la nacionalidad española. Me parece que el señor barón de Mora es el primero, acaso el único hasta ahora, que ha llamado la atención sobre este punto concreto. Y por aventurada que sea la tesis, hay que hacerse cargo de ella.

Muchas son las poblaciones que reclaman el honor de ser cuna de Colón.

Es la primera, y marcha á la cabeza de todas, la ciudad de Génova, y tres son con ella las ciudades en Italia donde existen casas que ostentan en su fachada mármoles y bronces con inscripciones trazadas para decir al mundo que allí nació Cristóbal Colón.

Génova lo reclama, si no precisamente para su capital, para su territorio al menos, y hasta el presente, forzoso es confesarlo, se lleva la palma, habiendo conseguido imponerse y fundar escuela, ya que el mundo todo habla siempre del ilustre *genovés*, reconociéndolo como oriundo de Génova, fiado en lo que bajo los auspicios de esa ciudad y república se ha escrito con menor ó mayor documentación, y tomando por base siempre las mismas palabras de Cristóbal Colón en su testamento, cuando dice: *Siendo yo nacido en Génova...*

Pero aun esto, que parece terminante, y que yo me inclino á creer que así es, aun esto se ve combatido por tan firme y sólida argumentación á veces, que hace nacer la duda en el ánimo de convicción más arraigada.

Entre los historiadores que sostienen y afirman el nacimiento de Colón en Génova se hallan Giustiniani, Caffaro, Cassoni, Spotorno, Peragallo, Harrise, Barros, Muñoz, Lafuente, Asensio, Roselly de Lorgues y Fernández Duro; debiendo decir que son muchísimos, infinitos, los que le consideran como genovés, entendiendo ser nacido, si no en la ciudad, en algún punto del territorio ó señoría de Génova; y dan fuerza á esta opinión, no sólo las palabras citadas del propio almirante, sino las que se leen en una cláusula del testamento de D. Fernando Colón: *hijo de D. Cristóbal Colón, genovés.*

Génova, como ciudad, insiste en reclamar el privilegio de ser cuna de Colón. No ha conseguido dejar señalado el sitio y casa en que nació; pero su municipio compró en 1887, por la suma de 31.500 pesetas, una casa en la que se supone que el gran almirante pasó su infancia y juventud hasta la edad de catorce años.

En Cogoleto, que otros llaman Cugureo, existe una humilde casita sobre cuya puerta aparece el escudo de armas del primer virrey de las Indias, y á su pie se lee:

Hospes, siste gradum! Fuit hic lux prima Columbo.
Orbe viro majori hæc nimis arcta domus.

¡Extranjero, detente! Aquí vió Colón la luz primera.
El mayor varón del orbe vivió en la estrechez de esta casa.

Felice Isnarchi y Lorenzo Gambara son los dos escritores que sostienen, pero con poco éxito, el nacimiento de Colón en Cogoleto.

Ya son más los historiadores que mantienen ser Saona la patria del almirante, y á ellos vino hoy á unirse el Sr. Uhagón, antes citado, aduciendo el documento que encontró en el archivo de nuestras Ordenes militares.

Saona alega como principal argumento el de haber dado el almirante nombre de Saona á una de las islas por él descubiertas, lo cual se supone que hizo en recuerdo de su patria.

No es, pues, de extrañar que haya en Saona una casa encima de cuya puerta se lea:

Lunghi anni
Meditando
L'ardito concetto
In questa casa
Gia posseduta da Domenico Colombo
Abitó l'immortale scopritor dell'America
che
Fra i perigli della gloriosa impresa
A ricordo della Patria
Impose il nome di Saona
Ad un'isola dell'Atlantico

Largos años – meditando – su atrevida concepción – en esta casa – ya de antes poseída por Domingo Colombo – habitó el inmortal descubridor de la América – que en medio de los grandes peligros de su gloriosa empresa – en recuerdo de la Patria – dió el nombre de Saona – á una isla del Atlántico.

Otras muchas poblaciones, fundándose en mejores ó peores datos, reclaman también la misma gloria. Son Plasencia, que tiene en su apoyo Campi, Tiraboschi y César Cantú; Cúcaro, una de las que cuenta con más escritores en su abono, descollando entre ellos Carlos Denina, Hipólito Donesmondi, Malabaila, Donato y Cancellieri; y por fin las villas de Buggiasco ó Bogliasco, Nervi, Pradello, Oneglia, Finale, Quinto, Palestrella, Albizoli ó Albizola y Cosseria, todas las cuales alegan sus razones, citas y argumentos en demostración de su empeño.

No ha faltado tampoco quien haya sostenido que Cristóbal Colón fué griego y no italiano, y por fin últimamente se ha presentado Córcega á demandar para su ciudad de Calvi el timbre por tantas otras ambicionado, y esta vez, fuerza es decirlo, con gran copia de noticias, datos, referencias y documentos que, sin llevar total convicción al ánimo, lo ponen por lo menos en alarma y duda, especialmente si se recuerdan los dos primeros capítulos de la *Historia de Cristóbal Colón*, escrita por su hijo D. Fernando.

En estos capítulos Fernando Colón habla de la patria, del origen y del nombre del almirante y de sus padres, pero todo lo deja en tinieblas y misterio. Alguna vez parece que quiere levantar la punta del velo, y entonces casi viene á deducirse de su escrito que su padre *no fué genovés*, ó que no nació en territorio propiamente de Génova.

He aquí al pie de la letra el párrafo que da mucho que pensar por lo tocante á este punto:

«De modo que cuando fué su persona á propósito, y adornada de todo aquello que convenía para tan gran hecho, *tanto menos conocido y cierto quiso que fuese su origen y patria*, y casi algunos, *que en cierta manera quisieron obscurecer su fama*, dicen que fué de Nervi, otros de Cugureo, otros de Buggiasco, lugarcillos cerca de Génova y situados en su ribera; otros que quieren exaltarle más, dicen era de Saona, *y otros genovés*, y algunos también, saltando más sobre el viento, lo hacen natural de Plasencia.»

Fernando Colón termina sin declararnos en dónde nació su padre. Añade que *otros lo hacían genovés*, con lo cual hasta parece intentar decir que no lo era. De todos modos, por estas y otras palabras suyas, deja entre nubes el origen y la patria de su padre, como si no supiera de ello, ó como si, sabiéndolo, le pluguiese contribuir por su parte á mantener el misterio.

Calvi, en Córcega, es la que hoy se presenta con decisión, con bríos, con entusiasmo, resuelta, y no ciertamente sin documentación, á pedir el título honroso de cuna del gran navegante, y se dispone á celebrar solemnes y estruendosas fiestas con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América, continuación de las que con grandiosidad y esplendidez celebró ya en 1886 al colocar *urbi et orbi* en su calle del Filo la lápida que así dice:

Ici est né en 1441
CHRISTOPHE COLOMB
Immortalisé par la déconverte du Nouveau-Monde
Alors que Calvi était sous la domination Génoise.
Mort á Valladolid, le 20 *Mai* 1506.

Si llegase á tener razón esta lápida, y con ella los documentos que se van allegando, resultaría que España por un lado y Francia por otro podrían reclamar como suyo, hasta cierto punto, á Cristóbal Colón. España pudiera hacerlo con más motivo todavía por los derechos y posesión que entonces tenían en Córcega los Estados aragoneses, ya que allí tremolaba la bandera de las rojas barras cuando hubo de ocurrir el nacimiento de Colón; y Francia, por ser hoy aquellas tierras posesiones suyas; viniendo entonces á resultar que *el marino genovés* sería *el marino corso*, compatricio de Paoli y de Napoleón Bonaparte, quienes, por otro lado, como luego diré á usted, tenían la cosa como cierta y positiva, no abrigando duda alguna respecto al origen del gran almirante.

Córcega ha tenido nobles hijos, buenos patricios y defensores inteligentes é ilustres que se apiñaron en haz romana para demostrar, y pedir, y hasta para exigir que se reconozca á Calvi como patria de Colón.

El capellán Martín Casanova es quien tal vez más hizo y con más empeño trabajó en favor de esta idea, recogiendo cuanto, antes que él, se dijo sobre este asunto, y solicitando el patrocinio y el concurso de todos, desde la cabeza de la Iglesia hasta el más humilde ciudadano. De su celo y patriotismo, de su empeño en investigar é inquirir, de su porfía en la labor y de su constancia en la propagación de la idea, son testimonio vivo sus escritos, y singularmente, en sus varias ediciones, su libro *La verité sur la patrie et l'origine de Christophe Colomb.* El capellán Casanova se dirige á los periodistas, á los literatos, á los historiadores, á los príncipes de la Iglesia, á los ministros, á los embajadores, á los jefes de Estado, á las testas coronadas, al Sumo Pontífice, á cuanto primate existe, removiendo cielo y tierra, para que todos griten á una y de todas partes suene: *Columbus natus Calvi:* Colón es nacido en Calvi.

Los testimonios de tradición que invoca, las noticias que comunica, los datos que aporta, las razones que alega, las pesquisas á que se entrega, el talento y habilidad con que desarrolla su tesis y la sostiene, van allegándole poderosos partidarios.

El arzobispo de Burdeos, cardenal Donnet, dice que «pasados tantos años de pesquisas inútiles para descubrir la cuna del más cristiano de los navegantes, ningunas más decisivas que las verificadas por el capellán Casanova, por resultar de ellas que no es Génova, sino Calvi, la patria de Colón.»

El obispo de Ajaccio escribe:

«El tiempo ha consagrado la usurpación irreparable de Americo Vespucci dando su nombre al Nuevo Mundo, pero no es de esperar que consagre la de Génova arrebatando á Córcega la gloria de haber sido cuna de Cristóbal Colón, genovés si se quiere, pero nacido en Calvi.»

Manovel y Prida, profesor de teología en nuestra Salamanca, manifiesta en carta dirigida á Martín Casanova que con la lectura de su obra adquirió la convicción moral de que Colón tuvo su cuna en la ciudad de Calvi.

El mismo Sr. duque de Veragua, descendiente del revelador del Nuevo Mundo, habla del trabajo realizado por el capellán Casanova, y lo hace en estos términos, que demuestran su discreción y tacto, dada su personalidad y especial situación en este asunto:

«El Sr. Casanova merece sinceros elogios por el cuidado minucioso con que busca argumentos en favor de su tesis, y si no prueba con documentos irrefutables que el descubridor del Nuevo Mundo nació en Calvi, invoca testimonios de tradición verdaderamente importantes... El asunto es digno de ser estudiado con verdadera atención, y en el alma deseo estar al corriente de esas investigaciones que, no lo dudo, han de preocupar á los críticos y á los historiadores contemporáneos.»

El obispo de Niza, Mateo Víctor; el que fué embajador de Francia en Madrid M. Laboulaye; el canciller de la embajada francesa en Lisboa M. Peretti; S. la Nicollière Teijeiro, archivero de Nantes; el R. P. Mas, dominico; el académico M. P. P. Castelli; el profesor Hortensio Savelli, que dió sobre este tema una conferencia en París; M. Giubega en sus cartas históricas; el consejero M. de Figarelli; los poetas Alejandro Franceschi, Viggiano della Roca, Paroli de Calenzana, Geretti, Fioravanti, Acquaviva, Savini, Peloux, Tonelli, Bartoli, Briset y muchos otros han reconocido en sus obras que á Córcega, y



Salamanca. – Fachada de la iglesia de San Esteban, antiguo convento de dominicos

á Calvi en ella, pertenece la gloria de haber visto nacer á Cristóbal Colón.

En Francia son muchos los periódicos que aceptaron sin vacilar esta opinión, sostenida, sin admitir ningún género de duda, por la *Revista de París* y la *Enciclopedia del siglo* XIX.

También hay en España algún periódico que ha sostenido esta idea, y paréceme recordar que son partidarios de ella *El Suplemento*, de Barcelona, y *El Diario de Cádiz;* pero de quien debe hacerse en este punto mención especial es del patricio aragonés, senador del reino, Sr. D. Luis Franco y López, barón de Mora, que ha sido quizá entre nosotros el primero en admitir las conclusiones del capellán Casanova y en darlas á conocer, pero reclamando la gloria para la patria española, en la Memoria que el año 1886 dirigió á nuestra Real Academia de la Historia con el título de *Cristóbal Colón español, como nacido en territorio perteneciente al reino de Aragón*, y que por acuerdo de la Academia se publicó en su *Boletín*, número correspondiente á octubre del año citado.

Aun antes que Casanova, sin embargo, y antes que los escritores citados, otros sostuvieron con aplauso y con éxito la tesis de que Cristóbal Colón era corso. En ellos precisamente ha ido á buscar el capellán Casanova algunas de sus más interesantes noticias.

Existe una poesía latina, ciertamente notable, que no ha faltado quien atribuyera intencionadamente al propio Colón. Está escrita á usanza de aquellas célebres *Heroidas* de Ovidio, tan conocidas y estimadas entre los amadores de las letras clásicas. Se titula *Christophorus Columbus ad Corsicam:* Cristóbal Colón á Córcega.

Comienza así:

Corsica non solum, sed cor et sica vocaris,
Cum te membratim, Corsica, considero...

Es decir: «Oh Córcega, tu solo nombre no es Córsica, ya que dividiéndolo se encuentra en él *cor* y *sica*, corazón y puñal...»

El gran almirante del Océano se declara en esta composición hijo de Córcega, y por consiguiente de Calvi, lamentándose de ser víctima de Génova.

«¡Oh Córcega, exclama, por haberme visto tú nacer es por lo que Génova, mi fiera madrastra, origen de mis males, ha sido para mí un puñal! ¡Oh riberas de Cessia, oh Calvi, mi única delicia, cómo me entristece tu recuerdo en medio de mis amarguras!»

O littus Cæsiæ, Calvi, mea sola voluptas,
Nunc quia torquemur mæsta recordatio!

Refiere luego cómo fué á Génova, y cómo se dirigió entonces al Senado y á los sabios para proponerles su proyecto, y pedirles auxilios con que realizar el descubrimiento de un nuevo mundo. «En vano, dice, desarrollé mi plan ante los Padres conscriptos de Génova. De todos lados partieron voces desdeñosas murmurando: «¡Sería de ver que fuese de »Córcega de donde nos llegase »un profeta!»

La composición prosigue explicando cómo el autor pasó á Lisboa, donde fué rechazado lo mismo que en Génova, y luego á Madrid (?), donde reinaba Fernando, quien le otorgó cuanto pedía.

«¿Pero de qué sirvió, exclama, el haber ido á provocar los enojos y furores del Océano, exponiéndome á ser devorado por sus monstruos? ¿De qué el haber recibido en Barcelona el título de virrey y el de Gran Almirante de la Hesperia?»

Ad quid ego pro-rex sum Barcinoni creatus? – Ad quid Amiralius magnus et Hesperiæ?

La poesía termina con estos versos:

Corsica, cor, sicam nostris oppone tyrannis: – Hanc mihi vindictam, si dabis, ultus ero!

A saber: «¡Oh Córcega, si opones tu corazón y tu puñal á nuestros tiranos, seré vengado!»

Bien se ve que esta composición poética no es ni puede ser de Cristóbal Colón, como se ha supuesto. Basta leerla para convencerse de que fué escrita mucho tiempo después de la muerte del almirante. Si no existiese otra razón para demostrarlo, y su simple lectura ofrece muchas, la cita de Madrid es suficiente. Los indicios son de que esta poesía debió ser escrita á últimos del siglo XVI por lo menos, y aun quizá con más probabilidad en el siglo XVII. El poeta anónimo que la compuso hubo de hacerlo para apoyar la tradición que supone natural de Córcega al almirante y también movido por odios á Génova.

De la misma época próximamente es el autor anónimo de otra poesía, que merece citarse. Dirígese el poeta á Córcega, llamada Cyrno por los griegos:

Madre, o Corsica, sei di grande Eroi:
Ma infelici fur sempre i figli tuoi,
Ecco quello ch'usci di Cesia, et l'ali
Ratto spiegó verso nascoste arene,
E non ebbe ne avrá quaggiuso eguali,
Ei ch'il mondo addoppiato in pugno tiene,
Aver per guiderdon tremendi mali,
E le braccia ravvolte in rie catene;
Ma l'alta gloria di quel Porta-Cristo
Ti resta, o Cyrno, pel mondiale acquisto.

«Madre eres, oh Córcega, de grandes héroes; pero siempre fueron desgraciados tus hijos. Mira al que salió de Cesia, y tendió sus alas hacia desconocidas arenas, aquel que no tendrá nunca quien le iguale, y que tiene en su puño el mundo descubierto, cómo solamente obtuvo por galardón grandes desventuras y vió sus brazos cargados de cadenas. Sin embargo, oh Cyrno, tuya será siempre la gloria de aquel Porta-Cristo descubridor de un mundo.»

Cesia es el antiguo nombre de Calvi, *littus Cæsiæ:* Cyrnos, ó mejor Cirno, el nombre poético que los heroicos descendientes de Temístocles dieron á la isla de Córcega; y Porta-Cristo es el de Cristóbal Colón, según él lo escribía, *Christum Ferens*, de Cristóbal, portador de Cristo.

Otro poeta del siglo XVII, Simón Fabiani, posterior al que de citar se acaba, tiene también una composición dirigida á Balagna, que así se apellida la comarca de que Calvi es cabeza, y dice en ella:

O fortunata terra
Della nostra Balagna,
Di monti coronata e che il mar bagna,
Quante memorie serra
Il tuo grembo gentil! Da te partia
L'intrepido nocchier che un mondo apria.

«¡Oh tierra afortunada de nuestra Balagna, coronada de montes y bañada por el mar, cuántas memorias guarda tu gentil seno! De ti partió el intrépido nauta que abrió las puertas de un mundo.»

No estará de más advertir que Simón Fabiani, autor de estos versos, debe ser aquel general que durante el primer tercio del siglo peleó contra Génova, sosteniendo la causa de la independencia de Córcega.

Alejandro Franceschi; poeta de últimos del siglo pasado, es autor de otros versos dirigidos á Colón:

Cerchiato tu di bronzo il forte petto,
Corresti ignoti mari, e coronato
Fu, contra ogni speranza, il gran progetto.
Cirno ti segue con il cor di madre,
E infiora di tua gloria il suo bel crine.

«Cercado el pecho por la coraza, fuiste á cruzar mares ignotos, y coronado fué por el éxito, contra lo que todos esperaban, tu gran proyecto. Cirno te si-



Conferencia de Cristóbal Colón y los dominicos en el convento de San Esteban de Salamanca, cuadro de D. V. Izquierdo

gue con su corazón de madre, y con los rayos de tu gloria ciñe su frente.»

Y por este estilo otros varios poetas de los siglos XVI, XVII y XVIII, sin contar algunos de este nuestro siglo, loan y ensalzan á Colón como hijo de Córcega. No puede negarse, ¿verdad, mi querido amigo y compañero?, no puede negarse, me parece, que estas poesías son, por lo menos, testimonio de que procede de lejos la tradición, llámesela también leyenda si se quiere, que señala la ciudad de Calvi como patria y como cuna del inmortal navegante.

Para algo, pues, sirven los poetas.

Y en pos de los poetas vienen los sabios.

He aquí un párrafo del alemán Fernando Gregorovius en su *Córsica:*

«Génova y Calvi están en desacuerdo. Los de Calvi sostienen que Cristóbal Colón nació en su seno, complacía en ametrallar á las tropas genovesas con el propio cañón que llevaba el nombre de aquel varón ilustre á quien Génova rechazó al verle en el infortunio, apresurándose á proclamarle su hijo cuando le vió ensalzado, y arrebatando así este honor á Calvi, si es que la filiación resultara cierta.

A mediados del siglo XVIII el cañón *Colombo* de Paoli llamaba á los corsos al combate y á la victoria contra Génova, y lo mismo hacía el clarín *Colombo.*

El historiador Arrighi escribe que los pastores de las montañas corsas usan un cuerno marino al que llaman *Colombo*, siendo el verdadero clarín de las milicias nacionales. Parece que este nombre es un bautizo patriótico. Se le dió en memoria del arriscado nauta, y recuerda la osadía del genio audaz y la firmeza en los peligros y más rudas pruebas de la vida. Por esto escogieron los montañeses corsos este propio afirman escritores del siglo XVIII, fundándose en documentos que debían existir en dicha población antes que sus archivos fuesen destruídos por el bombardeo de Calvi, sitiada por los ingleses á fines del pasado siglo.

El príncipe Pedro Bonaparte dice que en Santo Domingo se encontró una piedra con una inscripción en español, perteneciente á la época del descubrimiento de esta isla, cuando se apellidó *Isla Española*, y que en esta piedra se leía: *Maldito sea el corso que me trajo aquí.* Se supone que el autor de esta inscripción formaba parte de la escasa guarnición que el almirante dejó en el fuerte de la *Española* antes de su primer regreso á España. Esto revelaría que la nacionalidad del almirante no era ningún secreto para alguno ó algunos de los que fueron á sus órdenes en la primera expedición.



Colón embarcándose en Palos para el descubrimiento del Nuevo Mundo, cuadro de D. A. Gisbert

de una familia genovesa allí ha tiempo establecida, suscitándose con este motivo una viva contienda que recuerda el antiguo debate entre las siete villas de Grecia, atribuyéndose el honor de haber sido cuna de Homero. Se supone que Génova se apoderó del archivo de la familia Colón y que mudó el nombre de la *vía del Filo* de dicha ciudad por el de *vía Colombo.* Parece además que los calvenses fueron los primeros corsos que pasaron á América, y que todavía existen en Calvi varios que llevan el nombre de Colombo. Los escritores corsos consideran como su compatriota al gran navegante, y durante su permanencia en la isla de Elba el mismo Napoleón dió órdenes para que se hicieran investigaciones con este motivo... El mundo tendría motivos de estar celoso si la suerte hubiese hecho nacer también en ese pequeño país de Córcega al almirante del Océano, hombre extraordinario, más grande que Napoleón.»

Y en efecto, parece cierto que el emperador de los franceses hablaba del gran almirante como de su compatricio. No abrigaba duda alguna acerca de su origen corso, y parece positivo que durante su breve destierro en Porto-Ferrajo mandó reunir documentos y noticias para hacer publicar un libro en que constase todo lo referente á este punto. Los acontecimientos posteriores y la batalla de Waterloo impidieron realizar la idea de Napoleón I.

El general Paoli, tan célebre en las crónicas, en los anales y también en las leyendas de Córcega, hablaba asimismo de Cristóbal Colón como de un compatriota. Cuando las grandes luchas con Génova, siempre que se veía obligado á citar á Calvi, ciudad y fortaleza donde se mantenían firmes los genoveses, Paoli decía frecuentemente: *La culla di Colombo è dirazzata.* La cuna de Colón ha degenerado.

Este ilustre caudillo, orgullo de Córcega, mandó una vez construir un cañón al que dió el nombre de *Colombo.* Lo llevaba siempre en sus campañas y se nombre como apellido de gloria y señal y grito de guerra para convocar gente.

Las pacientes investigaciones que hice, amigo Rada, para desentrañar todo lo referente al asunto que nos ocupa, siguiendo el derrotero trazado por el capellán Casanova, y acudiendo á verificar sus datos y documentos, pero aportando por mi parte otros nuevos á este acervo común, me facilitaron deleitable ocasión de estudio, y con él y por él la de sabrosa y amena lectura, que es, en mi sentir, uno de los mayores gôces de la vida. Tuve así ocasión de ver que son muchos y muy importantes los fundamentos y recuerdos tradicionales que se juntan para afirmar la filiación de nuestro excelso marino como natural de Córcega.

No es que yo abrace esta opinión, mi querido amigo D. Juan, no por cierto. Hasta hoy todo induce á creer que el almirante fué genovés; pero me quedan mis escarabajeos de duda, y lo que me admira es que la moderna crítica histórica no haya profundizado más en este asunto de Calvi, que no debe ser tratado con desdén, ni mucho menos. Vale ciertamente la pena. Es de esperar, sin embargo, que así se haga ahora con motivo de los concursos y próximas fiestas del centenario.

Me falta tiempo para recoger todos los datos que me ofrecieron el estudio y la lectura, y voy sólo á determinar con la mayor sobriedad las referencias necesarias.

Genouille, Giacobbi, Denguevelle, Hausaire, Savelli, Lefranc, Walhl, Galletti, Denis de Corte, Peretti y otros muchos aseguran que Colón nació en Córcega. De los *Anales franciscanos* del siglo XVI parece deducirse lo mismo, y con este motivo extiende sus observaciones el capellán Casanova en uno de los capítulos más interesantes de su libro. Esto asegura también Giubega, prefecto de Córcega, que en los registros de Calvi encontró pruebas de importancia, y lo

También el comandante de la fortaleza de Calvi á fines del siglo XVIII, que era suizo y se llamaba Simeón de Bouchberg, dejó un manuscrito en que se dan extensas noticias sobre Cristóbal Colón y su familia como nacidos en Calvi y habitantes en ella, lo cual prueba y demuestra con repetidos testimonios de tradición, viva efectivamente en Calvi, y refiriéndose á papeles que en aquella época existían aún en el archivo de la ciudad. Arrigo Arrighi, historiador y consejero del tribunal de Bastia, se ocupa largamente del asunto en su *Historia de Sampiero.* Tuvo este escritor á la vista los papeles del comandante Simeón, que fué miembro de su familia, y también los que dejó su abuelo Mateo Arrighi, y con referencia á ellos dice: «La partida de bautismo del gran navegante, cuya autenticidad es ya incontestable, prueba que nació en Calvi, de una familia corsa, cuando los presidios de esta ciudad estaban sometidos á la dominación genovesa.»

Esta partida de bautismo no parece existir hoy. Debió perderse en la ruina que sufrieron los archivos de Calvi, con motivo de la guerra con los ingleses: pero se ve, por las palabras antes citadas y por otras que pudieran citarse de varios historiadores, que el documento existió, al parecer, y hasta hay quien asegura haberlo tenido en sus manos.

Son, pues, tantos y tales y de tal entidad los testimonios, que hacen vacilar y perturban.

Por de pronto es positivo que en Calvi existe una tradición constantemente sostenida entre el pueblo desde el siglo XVI. Y no hay que desdeñar la tradición ni tratarla con ligereza; que ella es al fin y al cabo uno de los principales elementos de la historia. Es positivo también que en Calvi hay una antiquísima calle que en sus principios, allá por el siglo XV, antes de existir Colón, se llamaba *caruggio del Filo.* Tenía este nombre por ser industriales, tejedores y cardadores de lana los que en ella habitaban. De

Funchal
Isla de Madera
Casa que habitó Colon antes de su venida á España

Casa hospitalaria de Valeverbo
Salamanca
donde celebró Colon la primera conferencia

Canarias
casa que habitó Colon en Las Palmas

Genova
Fachada de la Casa de Domenico Colombo en su estado actual y como debia ser antiguamente

Valladolid. – Casa donde murió Colón



Santo Domingo. – Casa del Almirante en que habitó Colón.



aquí el nombre de *calle del Hilo*, y está perfectamente demostrado y probado que en ella hubo una casa perteneciente de padre á hijos á una familia llamada Colombo, como lo está también que desde principios del XVI, y algunos años después de la muerte de Colón, esta calle tomó el nombre de *caruggio Colombo*, que comenzó á darle el pueblo en memoria del descubrimiento de América, realizado por un Colombo, hijo del Domingo Colombo, dueño de aquella casa.

«Esto, dice el notario Colonna-Cecaldi en un acta levantada, está en la tradición, en los registros, en el plano de esta villa y en la carta de los ingenieros militares.»

En los antiguos registros de censo de Calvi se encuentran á cada paso nombres de Colombo, habitantes en dicha casa de la *calle del Filo*, como Domingo Colombo, Antonio Colombo, Felipe Colombo, Antonieta Colombo, etc. Lo atestigua el presidente del Tribunal M. Pedro Giubega.

Pues bien: esta casa, ó la ruina de ella, existe aún, y allí se ha colocado la lápida de que hablé al comienzo de esta carta.

Debió esta casa ser restaurada ó reconstruída, según parece, en el siglo XVII ó más tarde, y hoy está en gran parte desmantelada y casi en ruinas. El capellán Casanova dice que en octubre de 1882, con motivo de hacerse reparaciones en ella y quitarse la capa de cal que había sobre una puerta anteriormente tapiada, se encontraron unas esculturas representando una brújula sobre un eje, es decir, la brújula de Gioia en el siglo XIII. A la derecha había una torre, una esfera y la estrella polar. A la izquierda otra torre y sobre ella una paloma *(colombe)*, una cruz ornamentada y otra esfera.

Por espacio de más de año y medio estuvo todo ello á la vista del público; pero en julio de 1884, y en la noche del 13 al 14 de dicho mes, desapareció todo repentinamente. Durante aquella noche la escultura fué rota á martillazos, según se supone, por tres italianos, tres genoveses que habían aparecido en Calvi la víspera de aquel día y á quienes ya no se volvió á ver. La piedra mutilada, en la que aún se conservan vestigios de la escultura, se halla hoy en la casa municipal de Calvi.

También aseguran los de esta ciudad que antes existía la fe de bautismo de Cristóbal Colón, conforme he dicho antes, la cual fué destruída, según unos por las bombas de los ingleses á fines del siglo XVIII, y según otros por haberla hecho desaparecer los genoveses. El notario Octavio Colonna-Cecaldi dió fe de que muchos testigos se presentaron ante él para declarar y afirmar, bajo juramento, que sus padres y abuelos habían visto y leído la partida de bautismo de Cristóbal Colón.

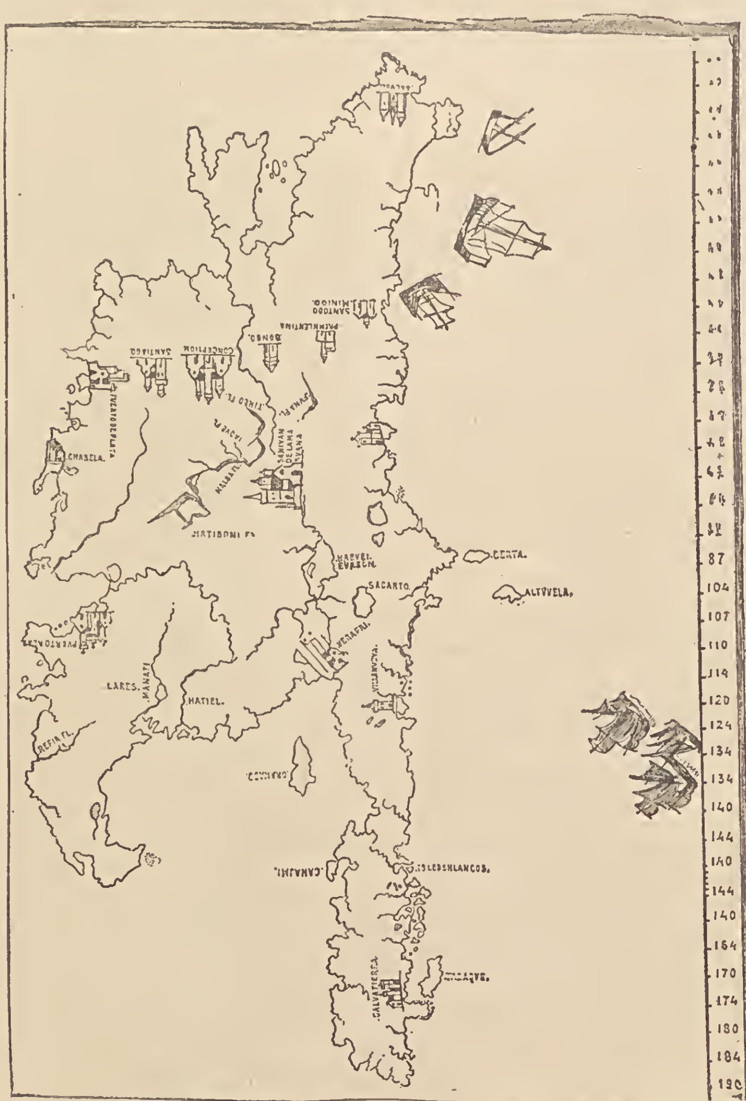
Ahora bien: si todo esto llegara á ser cierto, vendría á resultar que Cristóbal Colón, antes que de nacionalidad francesa, como asegura el abate Juan Peretti en su obra *Cristóbal Colón francés, corso y nacido en Calvi* (refiriéndose á la circunstancia de ser hoy la Francia poseedora de la isla), sería de nacionalidad aragonesa, como demuestra el Sr. D. Luis Franco, barón de Mora, en su ya citada Memoria remitida á nuestra Real Academia.

«Cuando nació Colón, Córcega formaba parte de la corona de Aragón, dice Luis Franco. Por consiguiente, Cristóbal Colón era aragonés cuando nació. Con idénticas razones, con el mismo derecho que sostiene Francia que fué francés Napoleón I por haber nacido en un territorio que sólo desde pocos meses antes de su nacimiento pertenecía á aquella nación, con el mismo, y aun mayor si cabe, puede sostener España que fué español, como nacido dentro los estados de Aragón, el descubridor del Nuevo Mundo.

La argumentación del barón de Mora no deja de tener su fuerza y su lógica. Bien sostenida está su tesis, y si es cierto que la dominación eventual, nominal y hasta real por más ó menos tiempo, sea suficiente para determinar la nacionalidad, entonces no hay duda de que España, y Aragón especialmente, pudieran reclamar el honor que tantos hoy se disputan.

El que Colón se llamase genovés y así lo dijese en un documento, como aparece, nada importaría entonces para el caso, ya que en la época de su nacimiento Córcega no pertenecía toda ella de hecho, aun cuando sí de derecho, á la Corona de Aragón. Y digo que no toda ella de hecho, porque Calvi, por ejemplo, reconocía y defendía la dominación genovesa, sosteniendo luchas con los aragoneses y catalanes, que varias veces se apoderaron de ella para otras tantas perderla y recobrarla después. Calvi en aquella época era cordialmente del partido genovés, á quien estaba entregada por completo, enemiga capital de la dominación aragonesa.

Y aquí termino esta tal vez difusa y enojosa narración, esperando que usted y los lectores me la perdonen en gracia de la buena voluntad. Paréceme que algo de esta cuestión debía decirse. Otros podrán hallar medios y motivos de ilustrar la tesis, que



Carta geográfica de la isla de Santo Domingo, dibujada, según se cree, por Cristóbal Colón

es verdaderamente interesante, allegando más datos ó combatiendo los hasta hoy ofrecidos á la crítica en punto que es tan esencial para la historia del gran navegante. Para mí, compañero querido y amigo, continúa siendo un misterio, y no me pesaría que siguiera siéndolo siempre. Esto daría tal vez nuevo timbre de inmortal al mortal glorioso que nos reveló el Nuevo Mundo.

Siempre de usted, mi excelente amigo, su admirador y compañero

VÍCTOR BALAGUER

Casa Santa Teresa en Villanueva y Geltrú
30 de agosto de 1892

HOMENAJE DEL ARTE GRIEGO MODERNO

Á CRISTÓBAL COLÓN

Es hermoso ver cómo las naciones de más glorioso pasado rivalizan con las que hoy son más poderosas, en el noble deseo de enaltecer la memoria del inspirado é intrépido navegante que dió á Castilla y Aragón un nuevo mundo, á la fe católica innumerables conquistas, y á la América, dormida en las tinieblas de la idolatría, un porvenir dichoso llevando á ella la luz de la civilización cristiana. En este fecundo certamen de arranques de entusiasmo por el acto de más trascendencia política, económica y científica que presenciaron las naciones al inaugurarse para Europa la Edad moderna, los Estados más cultos, sus corporaciones civiles y religiosas, los Prelados, los cabildos, las asociaciones científicas, literarias y artísticas, exhibirán sus tesoros de todo género como muestra del maravilloso espíritu de progreso que con la Cruz y la Ley llevó al nuevo mundo el mundo antiguo, y se presentarán en las Exposiciones retrospectivas de Madrid y de Chicago como en asamblea de magnates engalanados con sus más valiosas preseas. Se celebrarán además aquí, en Huelva, en Barcelona, en Génova y no sé dónde más, con toda la pompa posible las fiestas del cuarto centenario del descubrimiento de América, y para que quede perdurable recuerdo de tan justo tributo al genio y á la suerte con que Dios favoreció al descubridor – que también la suerte como don del cielo merece el acatamiento de la humanidad, – se erigirán á Cristóbal Colón nuevas estatuas, nuevos monumentos, que no se desvanecerán como los ecos de las músicas y de los himnos de triunfo, ni morirán como las flores de las guirnaldas.

Pero no se tenía noticia de que la hermosa Grecia que iluminó el mundo antiguo con la antorcha de las letras y de las artes, de la filosofía y de la ciencia del Derecho, y que, aun en el gran naufragio de la cultura que ella prestó al romano Imperio, seguía piadosa desde su mismo ocaso alumbrando en Bizancio los inseguros pasos de las nuevas sociedades, para llegar á un renacimiento que disipase las sombras que envolvían al Occidente; no se sabía, repetimos, que esa Hélade siempre enamorada de lo grande y de lo bello aun entregada á extranjeros, pensara también en tomar en la grande apoteosis la parte que más cumplía verdaderamente á su providencial misión en la legión del arte. Y he aquí que la patria de los eximios artistas deja también oir su voz, y fiel á su secular consigna, con ser la más pequeña de las naciones que tributan su homenaje á Colón, proyecta para él el más grande de los monumentos.

Un arquitecto griego – Patroclo Kampanokis – residente en Constantinopla, la antigua Bizancio, estimulado por el anhelo de que no quede en ocasión tan solemne obscurecido el nombre heleno, y penetrado de un sentimiento, más humanitario que patriótico, de gratitud hacia el hombre que tuvo la fortuna de reanudar las rotas cadenas de las razas restableciendo la comunicación que existía en remotos tiempos entre el antiguo y el nuevo mundo, proyecta la construcción de una pirámide singular, inmensa, asombrosa, de 150 metros de altura, en la cual se hermanen, armonicen y fundan, digámoslo así, las arquitecturas típicas de ambos hemisferios, como por el descubrimiento de Colón se han hermanado y fundido las dos civilizaciones europea y americana, que habiendo sido una sola en sus orígenes, quedaron divididas desde el último cataclismo que experimentó la tierra hasta que vino al mundo ese hombre extraordinario, ignorante de su portentoso destino. Da razón de su pensamiento el mismo autor en los siguientes términos:

«Como tributo de mi admiración al ilustre Cristóbal Colón, cuyos descubrimientos me han sugerido la idea del presente estudio (de que luego hablaremos), he concebido en honra suya un monumento basado en las teorías que acabo de exponer, y en el cual entrarán los estilos arquitectónicos de las diversas naciones de ambos mundos. Una torre de 100 ó 150 metros de elevación expresa mi pensamiento. Esta torre será un monumento que podrá servir de Museo etnológico y arqueológico, y en sus diferentes miembros ó zonas se encontrará la genealogía y se manifestarán las revelaciones entre los diversos estilos de las naciones civilizadas desde los tiempos más remotos hasta nuestros días; representará en suma el desenvolvimiento gradual de la civilización de ambos mundos. Los estilos panatenaico y atlántico (de cuya combinación nacieron todos los demás estilos) figuran en la parte baja de la torre; siguen de abajo arriba, según sus épocas y formación, los siguientes estilos en esta gradación: el mejicano, el indio, el egipcio, el asirio-persa, el greco-romano, el bizantino, el árabe, el gótico y el del Renacimiento. La obra arquitectónica más colosal de nuestro siglo, la torre Eiffel, corona este monumento, y la cima de dicha torre sirve de pedestal á la estatua del intrépido navegante á quien debemos la comunicación entre ambos mundos, perdida en el olvido de las edades.»

El autor de este grandioso proyecto funda su pensamiento artístico en una hipótesis cosmológica que al parecer nada tiene de inverosímil, y la desenvuelve en una extensa y erudita memoria que, con destino al próximo Congreso de Americanistas, acaba de dirigir, acompañada de fotografías de sus planos explicativos, á la Real Academia de la Historia. Supone que los dos continentes que llamamos viejo y nuevo, en remotísima época geológica estuvieron casi

unidos por medio de una inmensa isla-continente que surgía en los mares antediluvianos entre la costa occidental de Africa y las Antillas, y que esta grande isla, que no era otra que la legendaria Atlántida de Platón, mediante la cual los viajes entre Europa y América cuando los hombres poblaron la tierra podían hacerse en simples barcos de cabotaje, se sumergió en el Océano, quedando desde entonces interrumpida toda comunicación entre los dos continentes. Su explicación respecto del fenómeno cosmológico que produjo la sumersión de la Atlándida en los vastos dominios de Neptuno, es ingeniosa y merece ser tomada en consideración por los hombres de ciencia. «Los astrónomos contemporáneos, dice, están conformes en que las distancias á que se hallan unos de otros los diferentes planetas de nuestro sistema solar, guardan todas perfecta analogía, y sólo se advierte una gran desproporción entre los planetas Marte y Júpiter. Los asteroides cuyas órbitas caen dentro de la distancia que separa á estos dos planetas, vinieron á suplir en cierto modo la ausencia de un planeta intermedio, el cual, al despedazarse, produjo esòs asteroides.»

Partiendo de esta hipótesis que establece la astronomía moderna, y haciendo aplicación de las leyes físicas y mecánicas y de las alegorías que encierra la mitología griega, establece á su vez Patroclo Kampanokis una teoría nueva con la cual da satisfactoria solución á las peliagudas cuestiones de la formación de los hielos polares y del diluvio, hasta hoy no resueltas. «Al despedazarse aquel planeta que ocupaba un lugar intermedio entre Marte y Júpiter, y cuyos fragmentos son los asteroides que sólo con el telescopio se divisan, prodújose en todo el sistema un desequilibrio que había forzosamente de restablecerse obrando las fuerzas de atracción que mantienen distantes unos de otros todos los cuerpos celestes. Antes de aquella destrucción, ó mejor dicho, fraccionamiento, todos los cuerpos que componen nuestro sistema solar recorrían órbitas mucho mayores que las que trazan hoy, por efecto de la atracción que aquel planeta innominado ejercía sobre ellos; pero faltando esta fuerza y alterado el equilibrio de todo el sistema, los demás planetas perdieron parte de la fuerza atractiva que contrabalanceaba la del sol, y fueron atraídos hacia éste durante cierto tiempo y hasta acabar de recorrer la distancia precisa para el restablecimiento del equilibrio perdido. La tierra, pues, roto el equilibrio se acercó al sol, cayó sobre él, dice Kampanokis, describiendo una curva parabólica, resultado de dos movimientos simultáneos y combinados, procedentes, uno de la atracción solar y otro de su propia rotación; y llegada al punto en que el equilibrio general quedaba restablecido, empezó á girar en el espacio, trazando en torno del sol una órbita elipsoidal mucho más reducida que la que hasta entonces había recorrido. Sucedió en aquella sazón que la tierra, próxima al sol, se inflamó, y su atmósfera dilatada tomó á causa de su rarefacción la forma elipsoidal, ocupando la tierra el centro de la elipse y estando los dos ejes de esta elipse, el mayor en la línea de la atracción que pasa por el ecuador, y el menor en la dirección del eje del planeta. Los polos de éste, expuestos á una temperatura de 100 grados bajo cero, experimentaron tal enfriamiento que todas las aguas evaporadas que los rodeaban se congelaron cayendo de repente sobre ellos, y así se formaron los hielos perpetuos de los polos, en que quedaron instantáneamente sepultadas tantas vidas de animales antediluvianos. En el ecuador aconteció otro fenómeno: las aguas evaporadas por el fuego de los rayos solares subieron á las más altas regiones atmosféricas, y allí repentinamente congeladas por el frío del éter á 100 grados bajo cero, cayeron en densa nevada sobre las capas más calientes de la atmósfera; verificóse el deshielo, y una lluvia torrencial se precipitó sobre la tierra. De esta gran lluvia y del levantamiento simultáneo del mar producido por la atracción del sol, provino el diluvio. He aquí, según las tradiciones recogidas por la mitología, la época en que Faetón tomó el carro de su padre el Sol, y recorrió en él los inmensurables espacios del cielo; he aquí que estalla la guerra de Tifón y los Titanes contra los dioses del Olimpo; he aquí que se cumple la primera parte de la Trilogia de Prometeo con la sumersión de la Atlántida. El poder de Saturno ha concluído: la naturaleza proclama la omnipotencia de Júpiter.»

Sigue el artista cosmólogo aplicando las dos partes restantes de la Trilogia de Prometeo al estado en que quedó la tierra después del cataclismo que la devasta y transforma, aniquilando en ella, primero el fuego y luego los hielos y el diluvio, todo germen de vida, y recordando después la concordancia de la alegoría mitológica con el Génesis en lo referente al perdón que Prometeo, personificación de la Humanidad, obtiene de Júpiter, y á la profecía del mismo Prometeo á Io anunciándole que la ciencia humana se ha extinguido y sólo se perpetuará en un escaso número de hombres, pasa á demostrar que mediante la pro-

Facsímile de la carta autógrafa de Cristóbal Colón dirigida al Banco de San Jorge, de Génova, que contiene la determinación tomada por aquél asegurando la décima parte de todas las rentas que le correspondían sobre las tierras descubiertas para rebajar las tasas que gravaban el vino, los granos y otras vituallas en la ciudad.

Llegada de Colón á América, cuadro de D. Dióscoro Teófilo de la Puebla, existente en el Museo Nacional de Madrid

Colón plantando la cruz al descubrir la América, pintura al resco ejecutada en la capilla ducal de Génova en 1655 por Juan Bautista Carlone

funda dislocación y trastorno de la corteza terrestre hubo mares que quedaron en seco y continentes que fueron convertidos en mares; y ya con esta preparación científica, proclama, no sólo como verosímil, sino como cierto y demostrado, que según la antigua forma de la tierra antes del cataclismo que designamos con el nombre de Diluvio, los dos continentes, europeo y africano, formaban uno solo, hallándose este inmenso continente y el americano casi unidos por medio de una grande isla semejante á otro continente; que esta enorme isla que antes del Diluvio ocupaba en lo que es hoy mar Atlántico casi todo el espacio que media entre Africa y América, era la famosa *Atlántida* de Platón, al tenor de lo que este filósofo expuso en sus célebres *Diálogos* el *Timeo* y el *Critias*, y que al sumergirse esta tierra en el seno del Atlántico dejó interrumpida toda comunicación entre los dos mundos viejo y nuevo.

Pero ¿será cierto que ocurrió esa sumersión? En las mismas profundidades del Atlántico tenemos la comprobación de esta verdad. Nos referimos á las aguas que llevan el nombre de mar de Algas ó mar de los Sargazos, piélago nunca surcado por los buques que en sus viajes ordinarios de ida y vuelta entre Europa y las Américas siguen siempre unos mismos derroteros ya establecidos por la costúmbre, pero que existe con los mismos obstáculos y peligros que advirtieron los antiguos, aunque ya en menor escala. Ese mar de Algas *(mer de Sargasses)* mide, según Humboldt, una superficie equivalente á seis veces el territorio francés; pero si nos referimos á las esferas geográficas más escrupulosamente formadas y más exactas, hoy no alcanza su extensión al cuádruplo de la misma superficie, porque es sabido que la inmensa masa de légamo y cieno que le constituye va considerablemente disminuyendo. Tanto han decrecido sus límites, que según Herodoto el barro y la congerie de productos vegetales que sobrenadaban en aquel mar se hacía notar en cuanto se transponían las Columnas de Hércules, y ahora el sargazo de alta mar se encuentra circunscrito entre la corriente constante que lleva el nombre de *gulf-stream* al Oeste y al Norte, y la otra corriente, también perenne, que le separa de las Azores y las Canarias al Este; midiendo de latitud 800 leguas y 150 ó 200 de longitud. Adviértese en los sondajes cómo va gradualmente bajando el fondo de este mar. Este movimiento descendente parece haber sido casi imperceptible en los primeros siglos, más visible en los veinticinco siglos siguientes y mucho más rápido todavía de dos siglos á esta parte, por cuanto las cartas marítimas de los siglos XVI y XVII señalaban entre las Bermudas y las Azores una serie continua de rocas y escollos de que no han hallado rastro los modernos navegantes, ni han encontrado éstos tampoco los bancos de peñascos que en los antiguos mapas figuraban cerca de las islas Cabo Verde y de las Antillas. Nada queda ya de los bajos que circundaban ese mar de sargazo: sólo el *gulf-stream* en su curso contorna con exactitud la posición que ocupaban en otro tiempo aquellos escollos; pero del interior de ese mar nadie se da cuenta cabal, porque no hay quien voluntariamente arrostre las molestias que ocasiona el navegar en él. Los que por imprevistos accidentes ó averías se ven precisados á surcarlo, refieren que se experimentan en sus aguas inexplicables y poco gratas sensaciones: así que la parte central de aquellas llanuras submarinas cerca de las cuales le salieron al encuentro á Colón tantos y tan enmarañados témpanos de sargazo y juncos no es conocida sino de una manera muy imperfecta. En el atlas de Stieler hay una carta de marear que señala las diferentes profundidades del Océano Atlántico, y en ella puede verse que el mar de Algas sólo figura como un inmenso bajío, pero es constante que su extensión en los tiempos antiguos era infinitamente mayor y su entrada en él muy peligrosa. Eschilo y Píndaro en el sexto siglo antes de Cristo, Herodoto en el quinto, Platón en el cuarto, Dionisio de Halicarnaso y Strabón en el primero antes de nuestra era y Plinio un siglo después, todos concuerdan en que cuantos se arrojaban antiguamente á navegar por aquellas aguas, retrocedían espantados al encontrarse con una inmensurable superficie medio líquido y medio vegetal; que á cada paso veían obstruída su navegación por enormes capas de plantas marinas y ciénago así que se apartaban de las Columnas de Hércules, y que gigantescos témpanos de algas sembrados de escollos á flor de agua se adhe-



Facsímile de un grabado que figura en la portada de un folleto italiano impreso en Florencia en el año 1493. Representa el desembarco de Cristóbal Colón en América

Colón recibido en Barcelona por los Reyes Católicos al regresar de su primer viaje á América, cuadro de D. Ricardo Balaca

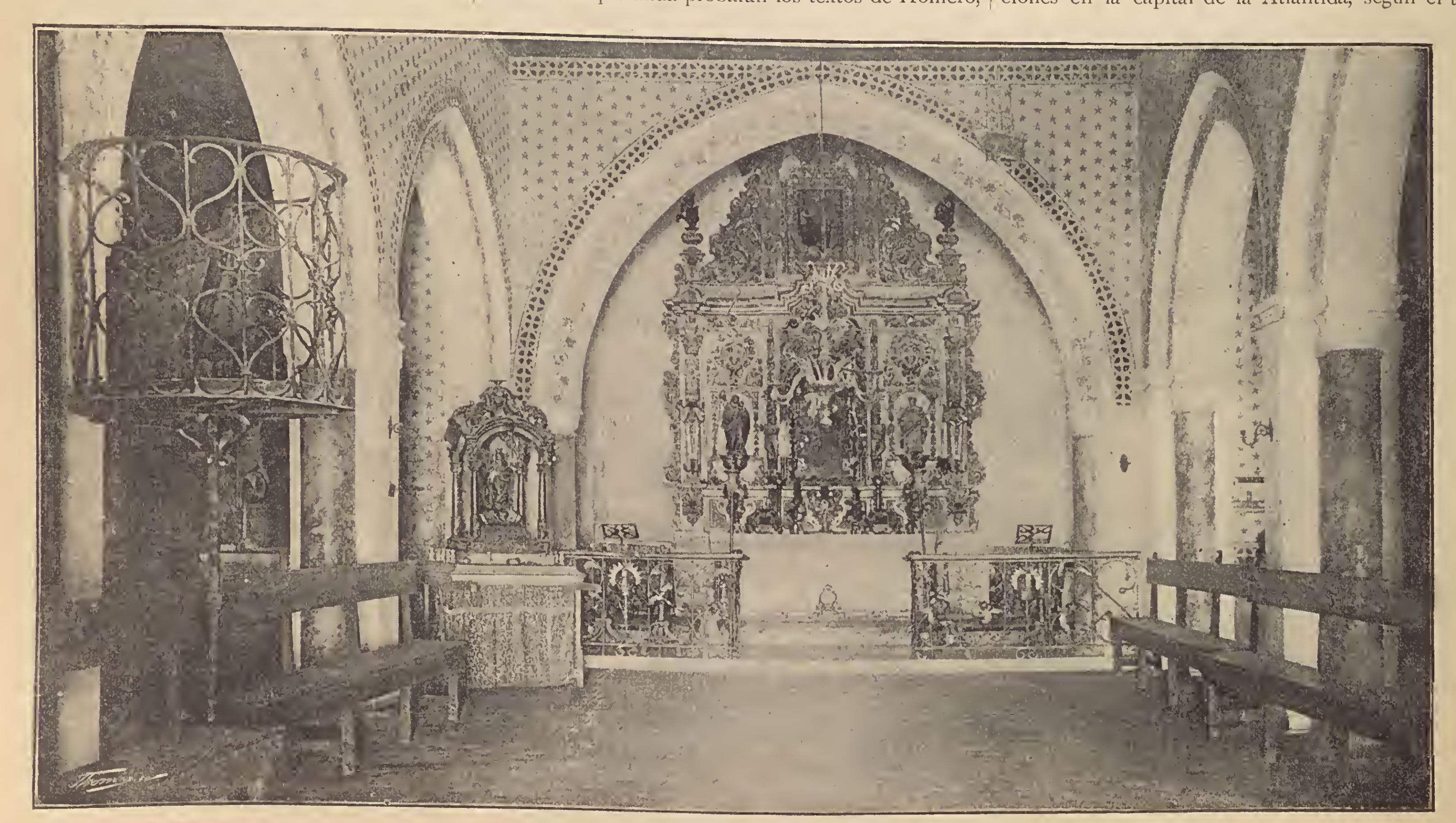
rían á las naves y las impedían avanzar. Aristóteles, Scylax de Caryanda, Teofrasto ponderan las praderas flotantes, los bancos de varechs que hacían impracticable la navegación al alejarse del Estrecho gaditano; y de todos estos testimonios se desprende que desde el sexto siglo antes de Cristo por lo menos, hasta después de comenzar nuestra era, se tenía por infranqueable aquel mar por el ciénago, los bajos, los escollos, las plantas, los varechs, los fucus, las algas y sargazo que lo cubrían, y que si de entonces acá esos entorpecimientos y peligros han ido disminuyendo, sólo es debido á la acción disolvente de las corrientes submarinas que arrastran la tierra reblandecida y al descenso progresivo del fondo de ese mar. La tierra sumergida desde hace miles de años, saturada aún de principios orgánicos acumulados en tantos siglos, seguirá produciendo sargazo hasta agotarse, ó hasta que su nivel descienda más abajo de los 500 metros de profundidad en que se calcula que termina toda vida vegetal. ¿Se quieren ahora pruebas de que esa tierra sumergida que ponía en comunicación á las gentes de Europa y Africa con las de América, era la famosa y hoy casi la fabulosa ó por lo menos legendaria Atlántida? Pues esto no lo han dudado jamás los antiguos escritores griegos. Platón en su *Timeo* refiere una tradición que recogió Solón de los sacerdotes de Sais, la cual dice: que en el mar Atlántico, que á la sazon era navegable, había frente á las Columnas de Hércules una isla tan grande como la Libia y el Asia; que en esa isla Atlántida, que Apolodoro denominó continente por su grandísima extensión, hubo reyes famosos por su poderío, el cual se dilataba á las islas adyacentes y parte del continente, porque habiendo sobrevenido terremotos é inundaciones, la Atlántida desapareció en veinticuatro horas, catástrofe que llevaba de fecha nueve mil años; y como las relaciones de Solón con los depositarios de los libros sagrados de Sais se remontan á seis siglos antes de nuestra era, es decir, á dos mil quinientos años, resulta que según esa tradición, la sumersión de la Atlántida ocurrió once mil quinientos años ha, quedando el mar de Algas en el Océano, que conserva su nombre como vestigio de aquel cataclismo.



El *Libro de los privilegios* otorgados por los Reyes Católicos á Cristóbal Colón con el blasón de éste

Entre los escritores antiguos que hablan de la Atlántida en el mismo sentido que Platón, podemos citar á Posidonio, filósofo estoico y astrónomo que florecía dos siglos antes de Cristo; á Philón, filósofo judío de Alejandría, del siglo I; á Tertuliano, del siglo II; á Arnobio, del III, y por último á Ammiano Marcelino, del siglo IV, el cual da á la Atlántida mayor extensión que á toda Europa. Hay leyendas africanas, caraibes, americanas del Norte y del Centro, que han pasado por tradición oral de padres á hijos, las cuales narran por modo muy característico, animado y verosímil la sumersión del territorio en que florecía una nación grande y poderosa, y todas ellas señalan el mar de Algas como fatídico teatro de aquella gran catástrofe.

Pero aunque nada probaran los textos de Homero, de Platón de Hesiodo y Apolodoro en favor de la teoría de Kampanokis, que supone en contacto las dos primitivas civilizaciones del antiguo y del nuevo mundo por el intermedio de la culta Atlántida, siempre tendríamos demostrada la identidad de origen de ambas por la comparación de los monumentos de las artes en uno y otro continente; y esta tarea la desempeña á maravilla el docto artista griego en el capítulo II de su Memoria. Presenta dibujos de las antiguas construcciones y objetos artísticos de ambos mundos, murallas, dólmenes, tumbas excavadas en las rocas, pirámides, arcos, templos, casas, utensilios, bajos relieves, cascos, escudos, sandalias, vasos, alhajas y demás productos de la industria ó del arte suntuario, descubiertos en varios puntos del globo, y los ilustra con textos de autores antiguos y modernos respecto de los procedimientos empleados en ellos; y de la comparación de unos con otros, que pone en evidencia las semejanzas y las disparidades, deduce estas luminosas conclusiones: que el arte mejicano forma dos grandes períodos, uno antiquísimo, quizá contemporáneo del diluvio, y otro menos antiguo, pero anterior de muchos siglos al descubrimiento de Colón; que la base del arte del primer período, como construcción monumental, es la pirámide, sin que se reconozcan más elementos de ornamentación en aquel tiempo que la doble serpiente y el meandro, derivación en todas sus formas del signo cruciforme llamado *svástika*, que se encuentra en todas las partes del mundo donde ha florecido una antigua civilización; que existe extraordinaria analogía entre los monumentos de los puntos más elevados de Méjico, como Teotihuacan, Tula, Mitla, Guatemala, etc., y los de Egipto, Frigia y Grecia, que están en el mismo paralelo del globo; que la forma de las construcciones en la capital de la Atlántida, según el texto



Interior del santuario de Nuestra Señora de la Cinta, patrona de Huelva, situado en las afueras de esa ciudad, cuya existencia data de cerca de cinco siglos y en donde Cristóbal Colón estuvo á orar con su hijo

del *Critias*, responde admirablemente á la de los edificios mejicanos del período arcaico ó más antiguo; que entre los caracteres de que se servían como escritura los mejicanos en aquel primitivo período de su cultura se encuentran con frecuencia los cuneiformes, los egipcios y los fenicios, y hasta cabezas de elefantes entre sus jeroglíficos, prueba evidente de su importación extranjera, ó lo que es lo mismo, de su procedencia africana ó asiática, dado que ni existe hoy el elefante en el Nuevo Mundo, ni conviene la forma de sus orejas con las del elefante antediluviano de la América septentrional, cuya raza se extinguió. Compara, por último, los emblemas de la suprema autoridad que usaban los reyes de la Atlántida, deducidos de la narración de Eliano, con los que presentan los ídolos mejicanos recientemente descubiertos, y deduce que los monarcas mejicanos tomaron sus insignias de los reyes de la Atlántida.

Considerado ahora el descubrimiento de Colón, que restableció la comunicación interrumpida por miles de años entre ambos continentes, desde el punto de vista del arte, nadie podrá arrebatarle la gloria de haber hecho posible la comprobación histórica del génesis de las dos grandes civilizaciones, pelásgica y atlántica, oculto en el brillante involucro mitológico de los tiempos prehistóricos, denominados por el escepticismo moderno fabulosos y heroicos á causa de haber hecho intervenir en los sucesos más importantes y trascendentales de la historia humana y de la geología nombres como los de Baco, Hércules y Perseo. Ni se podrá sin injusticia arrebatar á Kampanokis el lauro de haber sido el primero en demostrar que los dos artes ateniense y atlántico son dos grandes ramas de un solo tronco, una de las cuales, el arte de los atlantes y americanos, quedó atrofiada por la separación de los dos continentes, mientras la otra, el arte de los griegos de Oriente, la desarrolló con nueva pujanza llevando por retoños todas las civilizaciones y todas las artes que después han florecido en Oriente y Occidente.

PEDRO DE MADRAZO

Madrid, 14 septiembre 1892



Cristóbal Colón encadenado regresando á España, escultura de D. Venancio Vallmitjana

COLÓN

Cristóbal Colón, ese traedor ó llevador de Cristo á las orillas del Nuevo Mundo, que con oro atlántico quería salir para Tierra Santa, por libertar el Sagrado Sepulcro, y que en las soledades del Océano, donde no había resonado desde la creación ninguna voz humana, entonaba cada tarde en la carabela *Santa María* el himno en honor á la estrella del mar, es el explorador vate, el descubridor profeta que en aquel día tan glorioso para España y grande como ningún otro para la humanidad, vió aparecer en los confines de Occidente la tierra prometida á su elevada inteligencia, ó más bien á su inspiración casi divina, coronando el éxito más maravilloso su perseverancia y su fe.

En un viernes (el 3 de agosto de 1492) navegó de España á las Indias, y en otro viernes (el 12 de octubre) descubrió el Nuevo Mundo, viendo desde la *Pinta* el sevillano Juan Rodríguez Bermejo, á las dos de la noche, con absortos ojos, la ribera de Guanahani, iluminada por los rayos de la luna y gritando con júbilo inmenso: *¡Tierra! ¡Tierra!* Un cañonazo comunicaba á las otras dos carabelas la gran nueva, y cuando se presentaba la isla verde á la luz del alba, entonaba Colón un *Te-Deum* y en homenaje del Redentor del mundo bautizaba la primera isla que pisaba, y en cuyo suelo él y los suyos imprimieron sus besos, con el nombre de San Salvador.

Aquel primer viaje de descubrimiento lo llamó el cosmógrafo catalán Mosén Jaime Ferrer, natural de Blanes, próximo á Barcelona, «más divina que humana peregrinación» (Navarrete, colección, tomo II, págs. 101 á 104), y en su carta del 5 de agosto de 1495 escribió este mismo: «La divina é infalible Providencia mandó al gran Tomás de Occidente en Oriente por manifestar en India nuestra Sancta y Católica Ley; y á vos, Señor, mandó por esta oppósita parte de Oriente á Poniente.»

El mismo Colón, que sentía en su alma el anhelo de su siglo á traspasar los límites del mundo, y que había presenciado las últimas luchas de los españoles y de los árabes, teniendo el ardor bélico de los campeones de la Iglesia, dijo en su Libro de Profecías (Navarrete, II, 289): «Para mis empresas indias no me eran útiles matemáticas, ni mapas, ni inteligencia, sino que se cumplió lo que dijo Jesaías.» Alude á Jesaías, 60, 9 y 65, 17: «Creó un nuevo cielo y una nueva tierra.»

El Nuevo Mundo supone en el genio del insigne navegante una suma de esfuerzos, de trabajo, de constancia nunca suficientemente elogiados; su gran hazaña es un triunfo de su fe y de los clérigos que ayudaban al que, saliendo en nombre de la Trinidad, era, según decía Las Casas (lib. I, cap. 102), adicto á las doctrinas de San Francisco y amaba el color moreno de la orden franciscana. Firmábase Christoferens, y como traedor de Cristo le presentaba el ilustre piloto Juan de la Cosa, natural de Puerto de Santa María, próximo á Cádiz, en 1500 en su mapa de América, y el cartógrafo Diego Ribero dió en 1529 la forma simbólica de la cruz á la isla de San Salvador, rodeándola once islas, así como los apóstoles rodeaban al Redentor.

Nadie ha reflejado tanto las impresiones que hicie-



Muerte de Cristóbal Colón, cuadro de D. Francisco Ortego, premiado con mención honorífica en la Exposición Nacional de 1864 y adquirido para el Museo Nacional de Madrid



CRISTÓBAL CÓLON EN LA CORTE DE ISABEL LA CATÓLICA, cuadro de Brozik, grabado por Baude

ron los descubrimientos de Colón como el milanés Pedro Mártir, que en su epístola del 1 de octubre de 1493 llamó á Colón «novi orbis repertor,» y que el 13 de septiembre del mismo año había denominado el descubrimiento «un acontecimiento maravilloso, una hazaña bendita.» Al saber la expedición de Occidente emprendida por Colón derramaba lágrimas de gozo Pomponio Laeto, amigo de la clásica literatura romana y de Pedro Mártir, y éste le escribió: «Después de estos descubrimientos, ¿quién admirará los de Saturno, Ceres y Triptolemos? Hasta los fenicios han de ceder el puesto á los españoles.» Y en sus *Décadas* escribió Pedro Mártir: «Ni Saturno ni Hércules ni algún otro de los antiguos que iban en busca de nuevas costas vencen á los españoles de nuestro tiempo.»

A mediados de abril de 1493 llegó el descubridor feliz á Barcelona, dando cuenta á los Reyes Católicos de su grandiosa empresa y celebrando con las palabras más entusiastas y poéticas el esplendor de los paisajes tropicales, la espaciosidad de puertos seguros, las selvas cubanas, la variedad de formas de las plantas en los países descubiertos, las especierías, las riquezas inmensas, los ríos arrastrando granos de oro, los bancos de perlas. Fué obsequiado sobre manera por los reyes en audiencia pública; pero es de extrañar que la Crónica de la Ciudad Condal que desde 1411 hasta la edad presente contiene todo lo que atañe á la ciudad, no mencione la estancia de Colón, ni su empresa sobrehumana, cuyo éxito brillante es debido á la piedad de una reina magnánima y á los heroísmos de un pueblo que después de haber visto brillar sobre las torres de la Alhambra la redentora enseña de Jesús, consideraba demasiado estrecho el territorio del viejo mundo, necesitaba mayor espacio donde desarrollar sus cualidades geniales, y arrancaba al mar nuevos continentes para desarrollar en ellos el genio sublime de su raza.



Medalla conmemorativa del IV centenario del descubrimiento de América, obra de un eminente artista lombardo que ha querido guardar el incógnito. – Anverso: representa la efigie de Cristóbal Colón entre la Europa y la América, que se dan la mano.

Así como la Crónica de Barcelona no habla de Colón cuando éste la visitaba de vuelta de su primer viaje, no habla de él, ni menciona su muerte, acaecida el día de la Ascensión, el 21 de mayo de 1506, el Cronicón de Valladolid, ni menciona su estancia en Valladolid su admirador de antes, el italiano Pedro Mártir, que estaba en la misma ciudad cuando Colón sentía ya la enfermedad que le llevó al sepulcro.

En una de sus últimas cartas escribió Colón al rey católico D. Fernando: «La gobernación y posesión en que yo estaba es el caudal de mi honra; injustamente fuí sacado de ella...»

Dice mi compatriota el señor Oscar Peschel (*La Historia de la edad de descubrimientos*, Stuttgart, 1877, segunda edición, pág. 312): «Por su muerte evitó un golpe de destino que hubiera soportado quizá más difícilmente que los grillos de Bobadilla. Llevóse al sepulcro la ilusión gloriosa de que Cuba fuese una provincia del imperio chino, y que Española fuese la isla de Cipanga. El descubridor de América que escribió de Jamaica el 7 de julio de 1503 «Digo que el mundo no es tan grande como dice el vulgo,» murió sin haber adivinado que había descubierto un Nuevo Mundo. Hubiera considerado humillada su hazaña cuando detrás del Océano domado hubiese visto otro Océano.»

Para que los grillos de Bobadilla no evocasen la indignación de los suyos, Colón se los llevó al sepulcro.

Dos hemisferios celebran su resurrección y renuevan su memoria. Creció su renombre poco tiempo después de su muerte, en el momento en que se conoció que había descubierto un Nuevo Mundo. El gran Humboldt le celebró por haber prestado servicios inmensos al género humano, y ensalzó la época de Colón, que fué también la de los Copérnico, Ariosto, Durero y Rafael. El americano Irving llamó al navegante ligur un modelo de la humanidad; el historiador Prescott le denominó un héroe inmaculado, y el francés Roselly de Lorgues le comparó á San Cristóbal. Pero Colón halló un *Advocatus diaboli* en el americano Justino Wínsor, que publicó en 1891 en Boston la obra titulada *Christopher Columbus and how he received ond imparted the Spirit of Discovery*, llamando á Colón el devastador cruel del Nuevo Mundo, el autor de los nefastos repartimientos, un hombre cuya ambición era tan insaciable com~ su codicia. Y el último biógrafo del héroe del centenario, el alemán Sophus Ruge, dice: «Sólo un éxito casual le ha hecho tan grande.»

Quizás haya algunas manchas en la vida del Almirante que los Duro y Vidart acentuaron en las conferencias que dieron en el Ateneo de Madrid, pero podría aplicarse también á Colón la cuenta del Gran Capitán. Los siglos todos han de apreciarlo cual instrumento de Dios, cual hombre providencial que lo debió todo al poder de la oración, y en el que una fantasía viva y una contemplación mística produjeron un entusiasmo sin segundo, un verdadero fanatismo por llevar á cabo los planes grandiosos á que sin vacilar jamás consagraba su vida.

Ninguna otra solemnidad puede revestir caracteres de tal interés ni de mayor poesía que el centenario de Colón, cuyos festejos celebrando la mayor empresa de que jamás ingenio humano salió en el mundo victorioso han empezado en la ciudad de Huelva.

El gran genovés fué de los pocos de quienes puede decirse:

¡Feliz quien deja al morir
Algo más que halló al nacer!

pues

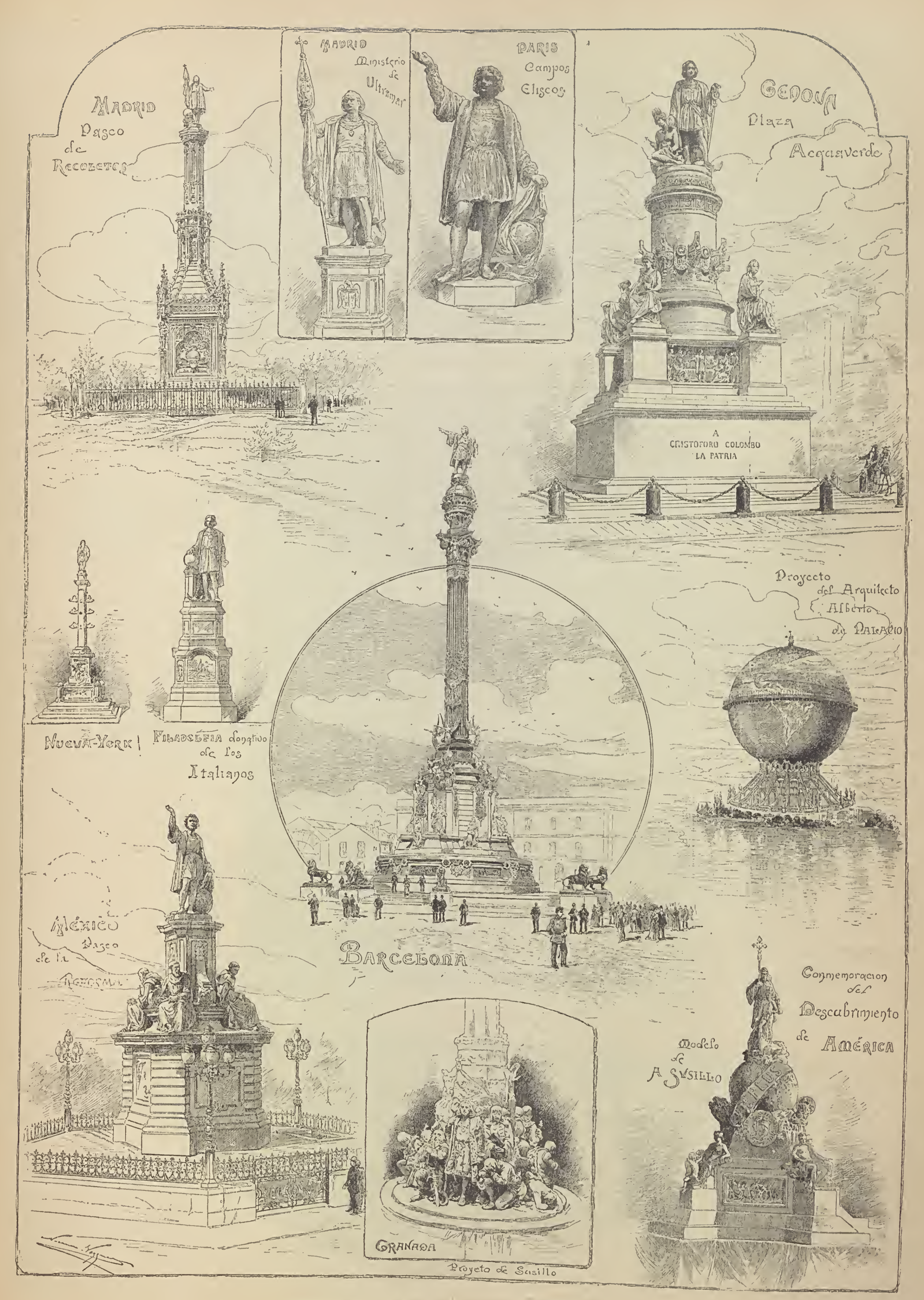
Por Castilla y por León
Nuevo mundo halló Colón

JUAN FASTENRATH

Medalla conmemorativa del IV centenario de América. – Reverso: representa el asombro de los americanos salvajes al ver el desarrollo conseguido por América en el transcurso de cuatro siglos. La prosperidad del Nuevo Mundo está representada por una figura rodeada de genios. En la orla se ven los escudos de todas las repúblicas americanas.

MUERTE DE COLÓN

Hemos comenzado el presente número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA con un fragmento de la obra inmortal de D. Modesto Lafuente relativo al descubrimiento del Nuevo Mundo; para terminarlo, parécenos también oportuno reproducir dos trabajos referentes á la muerte de Cristóbal Colón de dos antiguos histo-



Monumentos erigidos en honor de Cristóbal Colón



Partida de Cristóbal Colón, relieve del monumento de Nueva York

riadores que en nuestra literatura han merecido con razón el dictado de clásicos, Fray Bartolomé de las Casas y Francisco López Gómara.

He aquí los terminos en que se ocupa de aquel suceso el sabio obispo de Chiapa, el apóstol de los indios, como justamente se le ha llamado, en su famosa *Historia general de Indias:*

RASGO HISTÓRICO FILOSÓFICO SOBRE LA MUERTE DE CRISTÓBAL COLÓN

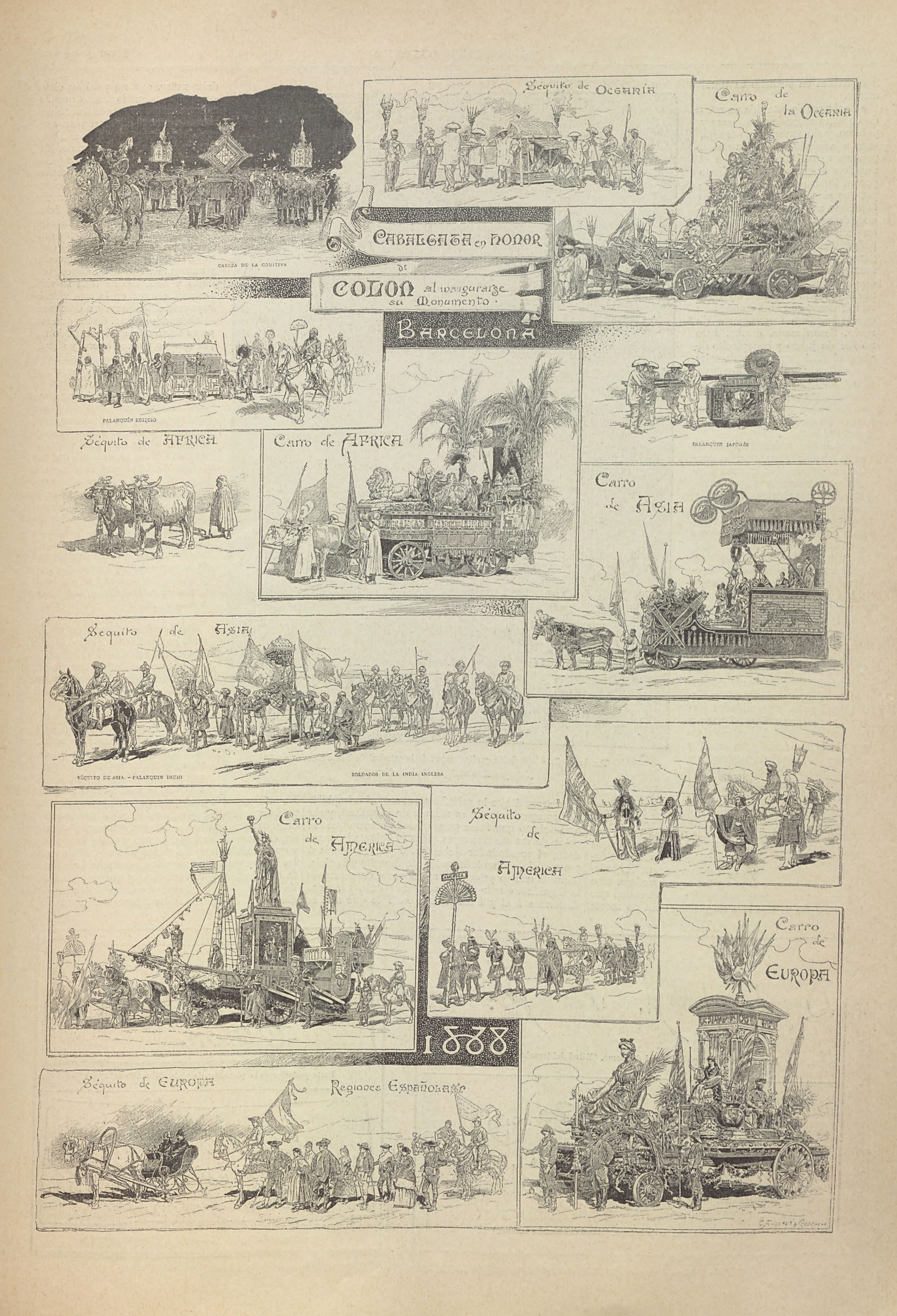
«Despachado su hermano el Adelantado para ir á besar las manos á los reyes nuevos, agravósele cada hora más al almirante su enfermedad de la gota por el aspereza del invierno, y más por las angustias de verse allí desconsolado, despojado y en tanto olvido sus servicios y en peligro su justicia, no embargante que las nuevas sonaban y crecían de las riquezas destas Indias yendo á Castilla mucho oro destas islas y prometiendo muchas más cada día; el cual, viéndose muy debilitado, como cristiano (cierto que lo era) recibió con mucha devoción todos los santos sacramentos, y llegada la hora de su tránsito desta vida para la otra dicen que las postreras palabras que dijo fué: *In manus tuas commendo spiritum meum.* Murió en Valladolid, día de la Ascensión, que cayó aquel año á 20 de mayo de 1506 años. Llevaron su cuerpo, ó sus huesos, á las Cuevas de Sevilla, monasterio de los cartujos; de allí los pasaron y trajeron á esta ciudad de Santo Domingo, y están en la capilla mayor de la iglesia catedral enterrados. Tenía su testamento hecho, en el cual instituyó por su universal heredero á don Diego, su hijo legítimo; si no tuviere hijos, á don Hernando, su hijo natural, y si aquél no los tuviere, á don Bartolomé Colón, Adelantado, su hermano; y si no tuviere su hermano hijos á otro su hermano; y en defecto de aquél al pariente más cercano y más allegado á su línea; y así para siempre. Mandó que habiendo varón, nunca le heredase mujer: pero no le habiendo, instituyó que heredase su estado mujer, siempre la más cercana á su línea. Mandó á cualquiera que heredase su estado que no pensase ni presumiese de menguar el mayorazgo, sino que antes trabajase de lo acrecentar, mandando á sus herederos que con sus personas y estado y rentas de él, sirviesen al rey y á la reina y al acrecentamiento de la religión cristiana. Dejóles también obligación de que de todas las rentas que de su mayorazgo procedieren, den y repartan la décima parte á los pobres en limosna. Entre otras cláusulas de su testamento se contiene esta: «Al rey y á la reina, nuestros señores, cuando yo los serví con las Indias; digo serví, que parece que yo por la voluntad de Dios, nuestro Señor, se las dí como cosa que era mía. Puédolo decir porque importuné á sus altezas por ellas, las cuales eran ignotas, y escondido el camino y cuanto se fabló de ellas. E para las ir á descubrir, allende de poner el aviso y mi persona sus altezas no gastaron ni quisieron gastar para ello, salvo un cuento de maravedís, é á mí fué necesario de gastar el resto. Después plugo á sus altezas que yo hobiese en mi parte de las dichas Indias, islas y tierra firme, que son al poniente de una raya que mandaron marcar sobre las islas de los Azores y aquellas del Cabo Verde cien leguas, la cual pasa de polo á polo; que yo hobiese en mi parte tercio y el ochavo de todo, y más el diezmo de lo que resta en ellos, como más largo se muestra por los dichos mis privilegios é cartas de merced.» Estas son

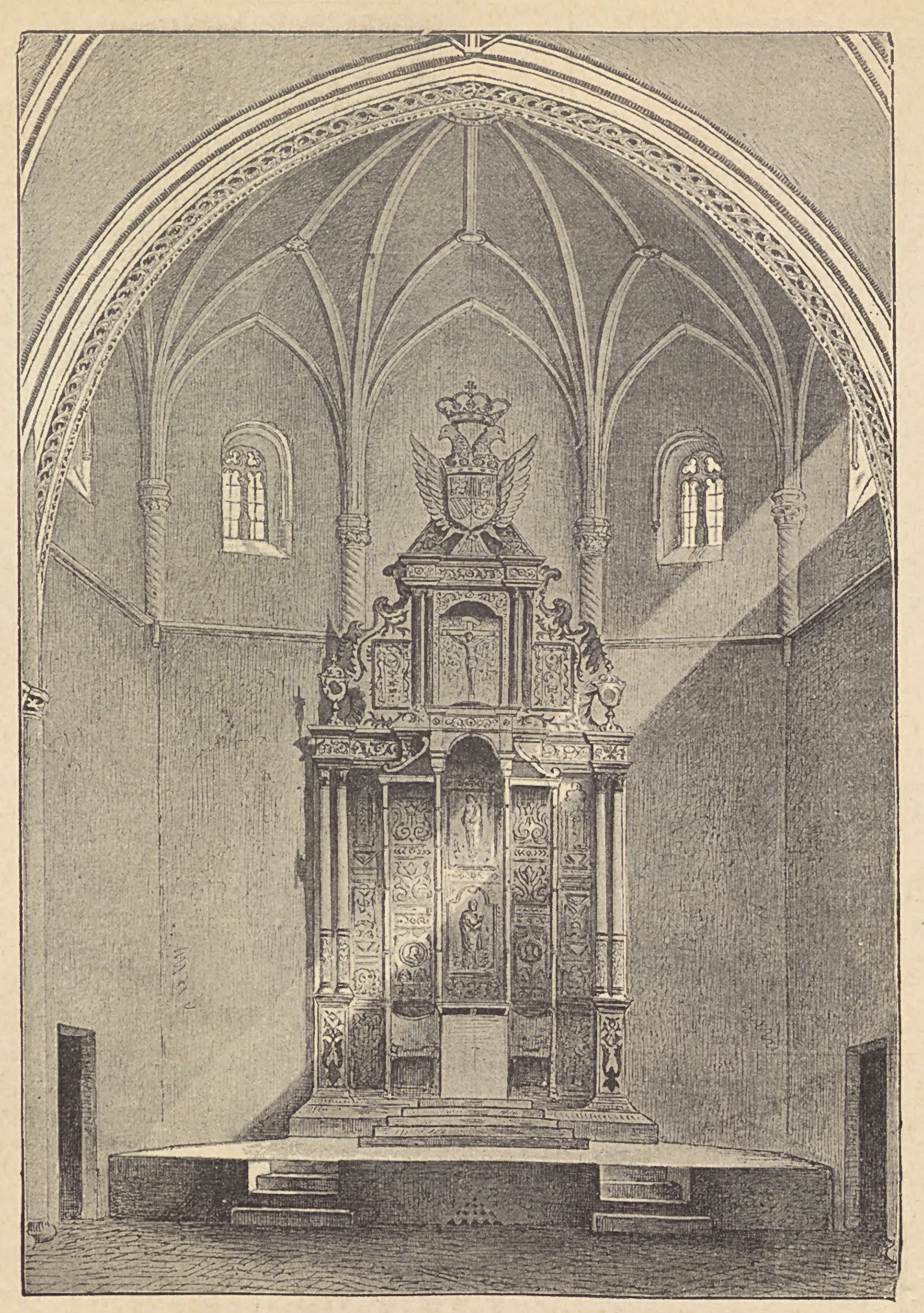


El genio de Cristóbal Colón, estatua del monumento de Nueva York



Desembarco de Cristóbal Colón, relieve del monumento de Nueva York


CABALGATA en HONOR de COLON al inaugurarse su Monumento
BARCELONA
1888
CABEZA DE LA COMITIVA
Séquito de OCEANIA
Carro de la OCEANIA
PALANQUÍN EGIPCIO
PALANQUÍN JAPONÉS
Séquito de AFRICA
Carro de AFRICA
Carro de ASIA
Séquito de ASIA
SÉQUITO DE ASIA. – PALANQUIN INDIO
SOLDADOS DE LA INDIA INGLESA
Carro de AMERICA
Séquito de AMERICA
AMERICA
Carro de EUROPA
Séquito de EUROPA
Regiones Españolas



Tumba de Cristóbal Colón y altar mayor de la catedral de Santo Domingo
(Dibujo del natural por Rodolfo Cronau)

sus palabras en el dicho su testamento.

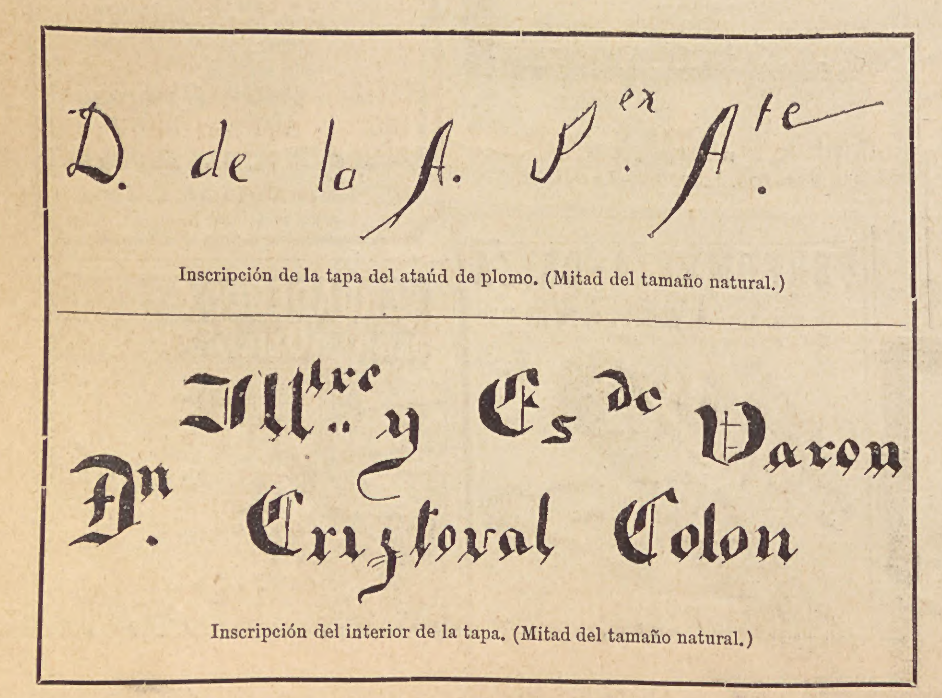
»Y así pasó de esta vida en estado de harta angustia y amargura y pobreza, y sin tener, como él dijo, «una teja debajo de que se metiese, para no se mojar ó reposar en el mundo,» el que había descubierto por su industria otro nuevo y mayor que el que de antes sabíamos felicísimo mundo. Murió desposeído y despojado de estado y honra, que con tan inmensos é increíbles peligros, sudores y trabajos había ganado; desposeído ignominiosamente, sin orden de justicia echado en grillos, encarcelado, sin oirlo ni convencerlo ni hacerle cargos ni recibir descargos, sino como si los que le juzgaban fueran gente sin razón, desordenada, estulta. Esto no fué sin juicio y beneplácito divino, el cual juzga y pondera las obras y los fines de los hombres, y así los méritos y deméritos de cada uno, por reglas muy delgadas, de donde nace que lo que nosotros loamos no es de loa, y lo que vituperamos alaba.

»Quien bien quisiere advertir lo que la historia hasta aquí ha contado de los agravios, guerras é injusticias, captiverios y opresiones, despojos de señoríos, estados y tierras y privación de propia y natural libertad, y de infinitas vidas que á reyes y señores naturales y á chicos y á grandes, en esta isla y también en Veragua, hizo y consintió hacer absurda y desordenadamente el Almirante, no teniendo jurisdicción alguna sobre ellas ni alguna justa causa; antes siendo él súbdito de ellos, por estar en su tierra, reinos y señoríos, donde tenían jurisdicción natural y la usaban y administraban, no con mucha dificultad ni aun con demasiada temeridad podía sentir que todos estos importunios y adversidades y angustias y penalidades fueron de aquellas culpas el pago y castigo; porque ¿quién puede pensar que cayese tan gran señal y obra de ingratitud en tan reales y cristianísimos ánimos como eran los de los Reyes Católicos, que á un tan nuevo y tan señalado y singular y único servicio, no tal otro hecho á rey alguno en el mundo, fuesen ingratos, y de las palabras y promesas reales, hechas y afirmadas muchas veces, por dicho y por escripto, falsos? No es, cierto, creíble que no cumplir sus privilegios y mercedes, por ellos debidamente prometidas y concedidas por sus tan señalados servicios, por falta de los reyes quedase, sino solamente por la divina voluntad, que determinó que de cosa dello en esta vida no gozase; y así no movía á los reyes á que lo galardonasen, antes los impidió, sin los reyes incurrir en mácula de ingratitud, y sin otro defecto que fuese pecado; de la manera que sin culpa de los mismos reyes, y sin su voluntad y mandado, el comendador Bobadilla, ó por ignorancia ó por malicia, violando la orden de derecho y justicia, permitió que lo prendiese, aprisionase, despojase de la dignidad, estado y hacienda que poseía, y al cabo desterrase á él y á sus hermanos. Y lo que más se debe notar, que no paró en él ni en ellos la penalidad, sino que ha comprehendido hasta la tercera generación en sus sucesores, en que está hoy, como, si place á Dios, por la historia será declarado. Estos son los juicios altísimos y secretísimos de Dios, de los nuestros muy distante, y en breve se descubrirá y será claro á todo hombre reservallo. A la bondad de Dios plega de contentarse, recibiendo por satisfacción de las culpas que en estas tierras que descubrió contrajo, las tribulaciones, angustias y amarguras, con los peligros, trabajos y sudores que toda su vida padeció, porque en la otra vida le haya concedido perpetuo descanso.

»Ninguno, cierto, de los que sus cosas supimos y supieron pudo negar que no tuviese buena y simple intención y á los reyes fidelidad; y ésta fué tan demasiada, que por servirlos, él mismo confesó con juramento, en una carta que les escribió de Cáliz (Cádiz), cuando estaba para se partir para el postrer viaje, «que había puesto más diligencia para los servir que para ganar el paraíso.» Y así parece que fué permisión de Dios que le dieron el pago. Y tengo yo por cierto que aqueste demasiado cuidado de querer servir los reyes y con oro y riquezas querer agradalles, y también la mucha ignorancia que tuvo fué la potísima causa de haber en todo lo que hizo contra estas gentes errado, aunque en los que aconsejaron por aquellos tiempos á los reyes, como ya queda dicho, fué mucho más culpable.»

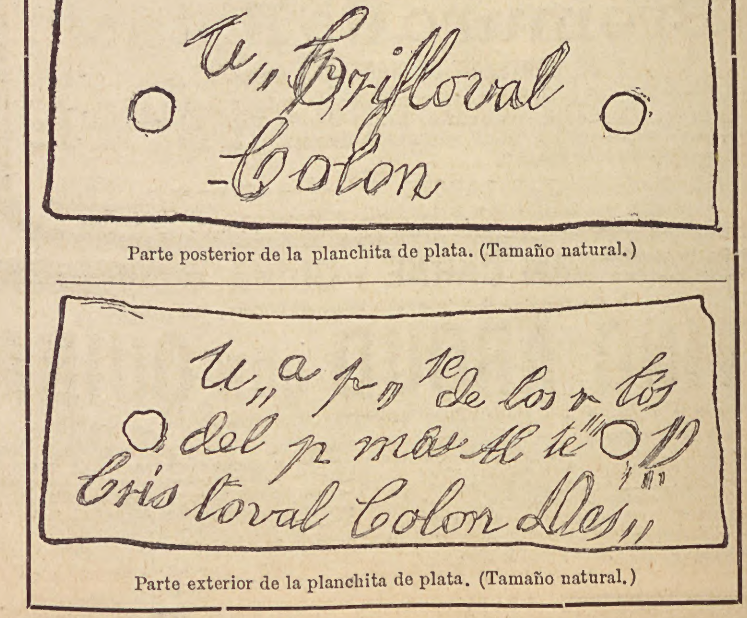
En la primera parte de su *Historia general de las Indias*, dice así Francisco López de Gómara, capellán que fué de la casa y familia de Hernán Cortés, cuando éste, después de la conquista de México, regresó á la metrópoli:

«Tras de esta pelea se vino Cristóbal Colón á España, porque no le achacasen algo, como las otras veces, y á dar razón de lo que de nuevo había descubierto. Y como no halló estrecho, llegó á Valladolid y allí murió por mayo de 1506. Llevaron su cuerpo á depositar á las Cuevas de Sevilla, monasterio de cartujos. Era hombre de buena estatura y membrudo, cariluengo, bermejo, pecoso y enojadizo, y crudo y que sufría mucho los trabajos. Fué cuatro veces á las Indias y volvió otras tantas; descubrió mucha costa de Tierra-Firme, conquistó y pobló buena parte de la isla Española, que comúnmente dicen Santo Domingo. Halló las Indias, aunque á costa de los



Inscripción de la tapa del ataúd de plomo. (Mitad del tamaño natural.)

Inscripción del interior de la tapa. (Mitad del tamaño natural.)



Parte posterior de la planchita de plata. (Tamaño natural.)

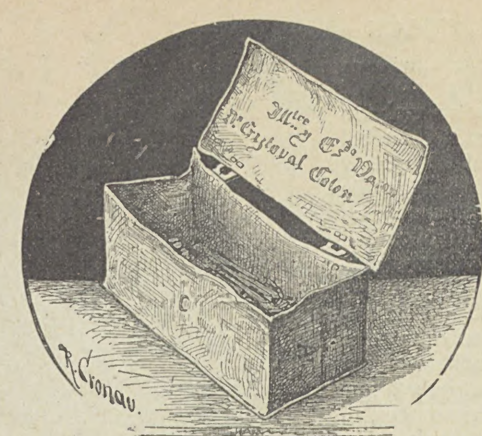
Parte exterior de la planchita de plata. (Tamaño natural.)

Inscripciones que se encuentran en el ataúd de plomo que contiene los restos de Cristóbal Colón y que se conserva en la catedral de Santo Domingo

Reyes Católicos; gastó muchos años en buscar con qué ir allá. Aventuróse á navegar en mares y tierras que no sabía, por dicho de un piloto, y si fué de su cabeza, como algunos quieren, meresce mucha más loa. Como quiera que á ello se movió, hizo cosa de grandísima gloria; y tal, que nunca se olvidará su nombre, ni España le dejará de dar siempre las gracias y alabanza que merescíó, y los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel, en cuya ventura, nombre y costa hizo el descubrimiento, le dieron título y oficio de Almirante perpetuo de las Indias, y la renta que convenía á tal estado y tal servicio como hecho les había, y á la honra que ganó. Tuvo Cristóbal Colón sus ciertas adversidades entre tan buena dicha, ca fué dos veces preso y la una con grillos. Fué malquisto de sus soldados y marineros; y así se le amotinaron Roldán Jiménez y los Porras y Martín Alonso Pinzón en el primer viaje que hizo; peleó con españoles sus propios soldados y mató algunos en la batalla que hubo con Francisco y Diego de Porras. Trujo pleito con el fiscal del rey, sobre que, si no fuera por los tres hermanos Pinzones, se tornara del camino sin ver tierra de Indias.»

A — 3 — D — B — C — 2 — 1 — Altar mayor

Plano del santuario de la catedral de Santo Domingo
A Plataforma inferior. B Plataforma superior. C y D Escaleras
1. Cripta de Cristóbal Colón (hallada el 10 de septiembre de 1877) | 2. Cripta de su hijo Diego (vaciada el 20 de diciembre de 1795)
3. Cripta de Luis Colón



Ataúd de plomo de Cristóbal Colón

(Dibujo del natural por Rodolfo Cronau)

Mucho se ha discutido acerca del sitio en donde están guardados los restos de Colón. De España fueron trasladados á Santo Domingo, probablemente en 1541, y allí se guardaron en una cripta situada á la derecha del altar mayor de la catedral hasta 1795, fecha en que, habiendo sido cedida aquella isla á Francia, los españoles los desenterraron y los condujeron á la Habana, en cuya catedral fueron depositados. Pero en 1877 descubrióse en el templo dominicano una cripta, al lado de la que los españoles desocuparon, y en ella un ataúd con restos humanos que los dominicanos reconocieron como los verdaderos del inmortal navegante. Este descubrimiento dió ocasión á grandes polémicas, en las que tomaron parte el obispo Roque Cocchia, el canónigo Javier Bellini y el sabio Emiliano Tejera, que abogaban por la autenticidad de los restos hallados en Santo Domingo, y los españoles López Prieto y Manuel Colmeiro, que llegaron á afirmar que el tal hallazgo era una falsificación.

La cuestión no ha sido aún resuelta y hase emitido una opinión conciliadora que, basándose en la inscripción que lleva la planchita de plata encontrada en el ataúd y el número de huesos que éste contenía, pretende que una parte de los restos de Colón está en Santo Domingo y otra parte en la Habana. – X.

CARTA DE CRISTÓBAL COLÓN

AL MAGISTRADO DEL BANCO DE S. JORGE, GÉNOVA

La carta que reproduce nuestro grabado de la página 643 fué escrita por Cristóbal Colón en Sevilla en 2 de abril de 1502 y dirigida al magistrado del famoso Banco de San Jorge, de Génova, en cuyos archivos fué hallada en diciembre de 1829: actualmente se conserva en las Casas Consistoriales de aquella cuidad.

El amor patrio que respira desde las primeras hasta las últimas palabras es tal, que después de haber leído las manifestaciones en el documento contenidas y el interés que demuestran en favor de los genoveses, el ánimo parece inclinado á conceder la razón á éstos cuando pretenden que en su ciudad nació el inmortal descubridor del Nuevo Mundo: en efecto, casi no se concibe el rasgo de generosidad de Colón sino tratándose de sus conciudadanos.

No creemos que con esto pueda darse por resuelta la tan debatida cuestión de la patria del gran navegante; pero sí nos parece esa carta un dato interesante que viene á dar fuerza á los argumentos que en pro de su derecho aduce Génova.

He aquí ahora la traducción del documento, que va dirigido

«*A los muy nobles Señores del muy Magnífico Banco (Uffizio) de San Jorge, en Génova.*

»MUY NOBLES SEÑORES:

»Aunque el cuerpo se encuentra aquí, ahí está de continuo mi corazón. Nuestro Señor me ha concedido la gracia mayor que desde los tiempos de David ha otorgado. Los asuntos de mi empresa resplandecen ya, y más resplandecerían si no les cubriese la obscuridad del gobierno. Vuelvo á las Indias en nombre de la Santísima Trinidad para regresar pronto; y como soy mortal, encargo á mi hijo D. Diego que de todas las rentas corresponda á vosotros la décima parte del total de las mismas cada año y para siempre en compensación del producto del grano y del vino y de otras vituallas comestibles. Si esta décima parte asciende á mucho, recibidla, y si no, recibid la voluntad que me anima. Os ruego encarecidamente que veléis por este hijo mío.

»Maese Nicolás Oderico sabe de mis cosas más que yo mismo, y á él he enviado la copia de mis privilegios y papeles para que los ponga en lugar seguro. Tendría sumo gusto en que los vierais. El rey y la reina, mis señores, quieren honrarme más que nunca. Que la Santísima Trinidad guarde á vuestras nobles personas y haga prosperar el muy magnífico Banco.

»El almirante del mar Océano y virrey y gobernador de las islas y de la tierra firme de Asia y de las Indias del rey y de la reina, mis señores, y su capitán general del mar y de su Consejo,

S.
S. A. S.
X. M. J.
Xpo ferens.»

La explicación de esta abreviatura es: *Suplex Servus Altissimi Salvatoris Xristi Mariæ Josephi.*



PLUS-ULTRA, grupo alegórico del descubrimiento del Nuevo Mundo, escultura de J. Gandarias



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN